

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA
POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

SUMARIO

MEXICO Y ESTADOS UNIDOS, por *Daniel Cosío Villegas*.—UNA PAGINA DE BERNANOS.—MARITAIN Y LA RENOVACION DEL TOMISMO, por *Jaime Castillo V.*—NOTAS: La Santa Sede y Tristán de Athayde.—DOCUMENTOS: *La aplicación de la doctrina del catolicismo social*, discurso del Excmo. Mons. Miguel de Andrea.—*La Falange reafirma su fe*, discurso de Tomás Reyes Vicuña.—COMENTARIOS.—TEXTOS PONTIFICIOS.—*La Acción Católica y la Política, Carta del Cardenal Pacelli.*

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA
POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

ADMINISTRACION - REDACCION

Ahumada 57 — Teléfono 89166
Casilla 3126 - Santiago de Chile

DIRECTOR

Manuel Fernández Díaz

COMITE DE COLABORACION

Andrés Santa Cruz Serrano
Manuel Garretón Walker
Eduardo Frei Montalva
Alejandro Magnet Paguéguy
Radomiro Tomić Romero
Francisco A. Pinto S. C.
Javier Lagarrigue Arlegui
Patricio Aylwin Azócar

EJEMPLAR \$ 10.00

★ ★ ★

Valor de la suscripción a la serie de 12 cuadernos, Chile: \$ 110.00, otros países: 3.00 dólares. Las suscripciones son recibidas por la EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A., Casilla 3126. Santiago de Chile.

En razón del carácter de los Cuadernos, el Director será el único responsable de los artículos que con o sin firma, aparezcan en ellos.—Los originales deben ser dirigidos a la Dirección: Casilla 3126.—No se devuelven originales ni se insertan colaboraciones espontáneas que no correspondan al carácter de estos Cuadernos.—Se prohíbe reproducir íntegra o fragmentariamente los artículos de estos Cuadernos sin indicar su procedencia.

★ ★ ★

Los artículos y ensayos que se publican en este Cuaderno han sido escritos por sus colaboradores o transcritos de CUADERNOS AMERICANOS.

Trabajaron en la redacción de este número: Andrés Santa Cruz S. y Eduardo Frei Montalva.—Traducciones de Jacques Chonchol.

NOVEDADES Y REPOSICIONES:

<i>Humberto Clérissac</i> : EL MISTERIO DE LA IGLESIA.....	\$	100.00
<i>Arthur Koestler</i> : OSCURIDAD A MEDIO DÍA (El Cero y el Infinito)		84.00
<i>Arthur Koestler</i> : LOS GLADIADORES (La Rebelión de Espartaco)		96.00
<i>Armando Donoso</i> : RECUERDOS DE CINCUENTA AÑOS.....		120.00
<i>E. Berl</i> : EL PORVENIR DE LA CULTURA OCCIDENTAL.....		60.00
<i>Georg Simmel</i> : PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE LA FILOSOFÍA..		66.00
<i>Veit Valentín</i> : HISTORIA DE ALEMANIA.....		420.00
<i>James Burham</i> : LA REVOLUCIÓN DE LOS DIRECTORES.....		48.00
ENCÍCLICAS POLÍTICAS Y SOCIALES.....		72.00
<i>Luis Orrego Luco</i> : PLAYA NEGRA.....		70.00
<i>Jaime Eyzaguirre</i> : VIEJAS IMÁGENES.....		50.00
ARCHIVO DE DON BERNARDO O'HIGGINS, tomo 3.º.....		150.00
<i>B. Vicuña Mackenna</i> : MÉDICOS DE ANTAÑO.....		70.00
SAGRADA BIBLIA (traducción directa de Nacar y Colunga).....		380.00
<i>C. Lloyd Douglas</i> : EL MANTO SAGRADO.....		308.00
<i>Platón</i> : OBRAS COMPLETAS, 4 tomos.....		1.200.00
<i>Aristóteles</i> : OBRAS COMPLETAS, 4 tomos.....		1.200.00
<i>O. Hamelín</i> : EL SISTEMA DE ARISTÓTELES.....		144.00
<i>G. K. Chesterton</i> : EL REGRESO DE DON QUIJOTE.....		48.00
<i>G. K. Chesterton</i> : CUENTOS DEL ARCO LARGO.....		66.00
<i>G. K. Chesterton</i> : LA INCREDLUDAD DEL PADRE BROWN, empast.		144.00
<i>P. Garrigou Lagrange</i> : LA SÍNTESIS TOMISTA.....		300.00
TEMOIGNAGE CHRÉTIEN, Semanario de gran interés, Nos. 175, 176 y 177, c/u.....		4.20
CAHIERS DU MONDE NOUVEAU, núm. especial dedicado a «La Bataille de la Paix.».....		150.00
<i>Vladimir Soloviev</i> : RUSIA Y LA IGLESIA UNIVERSAL.....		180.00
<i>M. van der Meersch</i> : CUERPOS Y ALMAS.....		240.00

EDICIONES PROPIAS Y EN DISTRIBUCION:

<i>Eduardo Frei Montalva</i> : LA POLÍTICA Y EL ESPÍRITU.....		60.00
<i>Máximo Pacheco G.</i> : POLÍTICA, ECONOMÍA Y CRISTIANISMO (No- vedad).....		70.00
<i>Alberto Edwards</i> : LA FRONDA ARISTOCRÁTICA, empast. \$ 120.00, rúst.....		75.00
<i>Fco. J. Díaz</i> : LA BATALLA DE MAIPÚ, empast. \$ 80, rúst.....		50.00
<i>J. V. Ducattillon</i> : DIOS Y LIBERTAD.....		120.00
<i>A. Magnel</i> : ORÍGENES Y ANTECEDENTES DEL PANAMERICANISMO		100.00
<i>Carlos Naudon</i> : MARITAIN. Ensayo sobre su Filosofía Jurídica y Social.....		50.00
<i>Valentín Panzarasa</i> : JUSTICIA SOCIAL.....		50.00
<i>P. H. Simon</i> : LOS CATÓLICOS, LA POLÍTICA Y EL DINERO.....		30.00
<i>Sergio Vergara Vergara</i> : DECADENCIA O RECUPERACIÓN.....		50.00
<i>Fernando Cifuentes Grez</i> : DOCTRINA SACRAMENTAL DE SANTO Tomás.....		80.00



LIBRERÍA DEL PACÍFICO

Ahumada 57 - Teléfono 89166 - Casilla 3126 - Santiago

DESPACHOS CONTRA REEMBOLSO DESDE UN LIBRO

SERVICIO AEREO ENTRE SANTIAGO
Y BUENOS AIRES DE LA
LINEA AEREA NACIONAL - L. A. N.
Y DE LA
FLOTA AEREA MERCANTE ARGENTINA
● F. A. M. A.

SANTIAGO

a 3 horas de vuelo directo de

BUENOS AIRES

SERVICIO DIARIO
(incluso los domingos)

L. A. N. y F. A. M. A. con sus modernas aeronaves han
reducido, en más de tres horas, la duración de este viaje



INFORMES Y VENTA DE PASAJES EN TODAS
LAS AGENCIAS COMERCIALES L. A. N.
EN SANTIAGO - AGUSTINAS Y MORANDE

Teléfonos 84608 - 61307

LINEA AEREA NACIONAL

CHILE

POLITICA Y ESPIRITU

AÑO 3 - NUMERO 29

ENERO 1948

LO GRANDE Y LO PEQUEÑO

Es curioso observar cómo un país puede ser lentamente absorbido por las menudas e intrascendentes preocupaciones que logran apasionarlo hasta la esterilidad total, mientras junto a él corre el caudaloso río del destino que pudo tener y que ignora.

Es corriente escuchar las invectivas contra los partidos políticos por su descomposición; pero nadie parece advertir la mezquindad de una prensa que sólo destaca lo pequeño deformando ante la opinión pública la noticia y el comentario.

En medio de la abundancia cablegráfica se nos anunciaba hace algunos días que el plan Marshall significaría en sus inversiones para Argentina 1,400 millones de dólares; para Brasil 400; para Cuba 240; y para Chile 24. Estas cifras marcan el porvenir. Esto revela una diferencia tan considerable de posibilidades que todas las demás discusiones resultan superfluas. Dólares son máquinas que incrementan la producción, que elevan el standard de vida, que aumentan el rendimiento del hombre y que lo alivian. Nuestra posibilidad de adquirirlas es de 24 a 1,400 con nuestro vecino. Nosotros no tenemos alimentos; pero tenemos salitre por el cual está ansioso el mundo; tenemos carbón; podríamos mejorar nuestra agricultura, o sea, justificar una mayor participación en un plan decisivo para la recuperación mundial y para el desarrollo de la América Latina.

A los pocos días de esta noticia, el Presidente de Argentina criticaba el plan Marshall con relación a su país y planteaba el fundamental problema de que ellos no podían abaratar sus productos si no se bajaban en forma proporcional las manufacturas que importaban. En Chile era más importante saber quiénes se habían repartido una casa o vendido mal o bien unos litros de aceite.

Pasamos en silencio frente a un problema del cual depende en gran manera el porvenir.

Pero también y antes que nada se necesitan hombres. Todos los países han pensado en la posibilidad de una inmigración que sig-

nifica salud, técnica, trabajo, en una palabra, inyección de vida y de progreso. Mientras en Enero llegaban a Argentina más inmigrantes que los recibidos por Chile en años, la Comisión de Inmigración pide aquí una investigación de la Contraloría y se llenan las páginas de los diarios con notas, planes e informes.

Se piden técnicos sobre la base de lo que pudiera ocuparse y se ignora que el inmigrante se busca el camino y crea la ocupación. Los pocos españoles y vascos que llegaron como consecuencia de la guerra civil, no sólo están trabajando con independencia sino que en gran parte han creado industrias y nuevas fuentes de riqueza y producción.

Una nación debe tener una jerarquía en sus preocupaciones y saber distinguir cuáles son las causas profundas y los accidentes: debe tener el sentido de la grandeza y la proporción de la pequeñez. Un gobierno no se juzgará por la agitación de sus actos ni por la satisfacción de la política incidental, sino en la medida que haya sido capaz de afrontar y resolver los problemas que debilitan y angustian al pueblo.

Lanzados en el camino de un juego político que halaga pasiones; pero no cura los males profundos y verdaderos, surge el aplauso de los satisfechos; los editoriales untuosos que halagan y empujan. El presente es en apariencia tranquilo; pero no se construye para el porvenir.

E. F. M.

MEXICO Y ESTADOS UNIDOS (1)

Por *Daniel COSIO VILLEGAS*

El problema de las relaciones de México con Estados Unidos es complejo en extremo. Por eso, podrá presentársele útil, apropiadamente, sólo después de una meditación sostenida, forma única de conceder su peso justo a cada uno de los muchísimos elementos que en él entran. De lo contrario, la pintura, en lugar de ser ponderada, resultará parcial y hasta grotesca. Estas líneas apenas intentan una primera aproximación a un planteamiento ya más firme y detallado, que alguien con dotes mejores ensayaría alguna vez.

Las relaciones oficiales entre los dos países son hoy excelentes: puede decirse que con la excepción de Canadá, es dudoso si Estados Unidos las ha tenido alguna vez mejores con otro pueblo, y más si se trata de un país próximo. En efecto, fuera del viejo problema del Chamizal (cuya falta de solución tanto daño causa a Estados Unidos en la opinión de los mexicanos), no existe entre los dos países ninguno otro importante pendiente de liquidación o arreglo. México ha pagado ya la deuda creada por la expropiación de las compañías petroleras, y está en buen camino de saldar las otras, en gran medida en poder de acreedores norteamericanos: reclamaciones por daños causados durante la Revolución en bienes y ciudadanos de Estados Unidos, empréstitos gubernamentales, de ferrocarriles, etc. Aun cuando el gobierno norteamericano no pagó de hecho las reclamaciones de México, como se dedujeron del total debido por éste, no quedaron pendientes. A la liquidación de los grandes problemas deben agregarse las visitas del presidente Truman a México y del presidente Alemán a Estados Unidos: ellas le han dado a esas buenas relaciones, por la primera vez, un cierto aire de simpatía, o, al menos, de tolerancia popular.

Y sin embargo, tengo para mí que México y Estados Unidos distan muchísimo de haber resuelto, realmente, el problema, o de estar siquiera en camino de lograrlo: el caudal de hechos pasados, la persistencia y la magnitud de los actuales, pueden dar al traste con las relaciones oficiales, o convertirlas en una farsa carente de todo contenido. Y esto, desde luego, no por falta de buena voluntad, ni siquiera de inteligencia, de los dirigentes de ambos países, sino porque las fuerzas adversas son numerosas, persistentes y de excepcional vigor.

Supongo que los extranjeros deseosos de hallar una explicación, y ciertamente la mayoría de los observadores norteamericanos, contarían en primer término este hecho histórico: México y Estados Unidos tuvieron una guerra, hace ahora un siglo, que no sólo concluyó con la victoria completa del ejército norteamericano, sino con la pérdida de más de la mitad del territorio de México; y luego, en 1914 y en 1917, fuerzas navales en un caso, y terrestres en el otro, ocuparon parte del suelo que conservaron los mexicanos.

No obstante, estoy convencido de que esos hechos, dolorosos e injustificables como sin duda alguna lo son, no han dejado en el mexicano deseo alguno de desquite o de venganza y ni siquiera un rencor perdurable; pero no podía evitarse, por supuesto, que crearan desconfianza y escepticismo: no podemos re-

(1) Conferencia dictada en la Universidad Nacional de la Plata, República Argentina.

primir una leve sonrisa ante las afirmaciones (y peor aún si son muy reiteradas) de que a partir de hoy, digamos, somos ya grandes amigos. Si alguna vez ha de haber una amistad verdadera entre Estados Unidos y México, no podrá ser ella efecto instantáneo de la declaración de un político norteamericano, aun cuando éste se llame Roosevelt, y aquélla la Doctrina de la Buena Vecindad.

La animadversión del mexicano hacia el norteamericano procede en parte del recuerdo de esos hechos dolorosos; pero en una medida bastante mayor su origen es reciente y, a su vez, en parte proviene de reacciones puramente irracionales, si bien, más que nada, nace porque las trayectorias respectivas de los dos países son distintas y, sin embargo, fatalmente convergentes.

Las reacciones irracionales a que se debe en mucho la animadversión de México hacia Estados Unidos son peligrosas por ese su carácter irracional; al mismo tiempo, son las más difíciles de explicar y combatir. Algunas nacen de hechos pueriles pero reales: al mexicano, por ejemplo, le irrita la prisa estruendosa del norteamericano, y le abruma su tendencia al ripio, una de las características más lamentables de éste. Otras veces esas reacciones irracionales nacen de hechos más serios, humanamente hablando: el mexicano, que sufre la presencia continua del turista yanqui, ha acabado por considerarlo como a un nuevo Crespo, derrochador desaprensivo en un país de estrechez. Y la circunstancia de que el «peladito», por necesitado o ladino, se pliegue a esa situación y saque de ella ventajas mezquinas, no hace sino exasperar al mexicano.

Por supuesto que el norteamericano, a su vez, tiene ideas preconcebidas sobre el mexicano. No cabe la menor duda de que lo tiene por inferior física e intelectualmente; le concede a lo sumo una cortesía innecesaria y el «color», es decir, lo tiene por un ser pintoresco. Y al norteamericano muy, muy agudo, le lleva tiempo llegar a la conclusión obvia, pero negativa, de que el mexicano es complicado hasta el extremo.

La verdad, por supuesto, es que el mexicano y el norteamericano son dos seres radicalmente diversos: tienen distintas actitudes generales ante la vida y el mundo y también una diferente escala de valores.

El norteamericano, hombre fabulosamente rico, está acostumbrado a contar lo que tiene, lo que gana o lo que pierde; de ahí su propensión a fundar muchos de sus juicios de valor en la magnitud, en la cantidad. El mexicano, pobre de solemnidad como ha solido ser, en rigor no tiene nada, o muy poco, que contar, y, en consecuencia, la noción de magnitud, de cantidad, le resulta un tanto extraña; de ahí que sus juicios se basen o pretendan basarse en la noción de calidad. El norteamericano, que tiene en su país recursos naturales que ninguno otro hasta ahora ha tenido (quizás Rusia los tenga), sabe por experiencia que cuenta con los medios necesarios para hacer cosas y que el logro de ellas sólo requiere la decisión y el esfuerzo humanos; esto lo hace de manera natural activo y confiado. México es un país pobre en recursos naturales; por eso el mexicano cree que su decisión y su esfuerzo no bastan, que antes y por encima del hombre hay condiciones dadas—providenciales, diría él—que es muy difícil o imposible remover; esto lo hace escéptico, desconfiado ante la acción, creyente en fuerzas superiores a él y más caviloso que activo. Y deja

para mañana muchas de sus empresas, porque la insuficiencia de sus medios le ha enseñado hasta la saciedad que no por mucho madrugar amanece más temprano.

Esta misma disparidad, tan desproporcionada, de medios, ha producido otra diferencia importantísima de actitudes en el mexicano y en el yanqui. Los recursos naturales de México—se ha dicho—son limitados; de ahí que buena parte de la riqueza del país se haya montado sobre una u otra forma de explotación del hombre, al grado de haberse llamado a éste el mejor de aquéllos. Todas las civilizaciones indígenas mexicanas anteriores a la Conquista se apoyaban sobre grandes masas de siervos, elemento único de trabajo, a quienes gobernaban y explotaban dos castas reducidas: la militar y la sacerdotal. No hablemos de los tres largos siglos de la dominación española, durante los cuales variaron los explotadores, pero no los explotados. Y todo el siglo y medio de vida independiente no es sino un aflictivo esfuerzo para apoyar la riqueza más en la explotación de la naturaleza y de las técnicas que en la del hombre mismo. Al mexicano, en consecuencia, no le son connaturales la libertad y la igualdad; las ha conquistado y apenas en parte. Por eso no ha abandonado, ni mucho menos, el temor de perderlas, y por eso es extremoso el celo y el recelo con que las guarda y defiende: es avaro de un tesoro que sólo ahora está forjando.

Los colonizadores del territorio norteamericano no sólo fueron hombres que exactamente por estar inconformes con las limitaciones a la libertad en su país de origen huyeron de él para la América Septentrional, sino que en ésta hallaron una tierra deshabitada y rica: no existían en ella, prácticamente, hombres a quienes someter y explotar, y los pocos que había no pudieron ser ni enemigos ni esclavos por no haber echado raíces en el suelo. Al contrario, la inmensidad del territorio y su población escasísima debió haberles dado siempre la noción de plena libertad, la que tiene quien hincha de aire los pulmones hasta hacerlos reventar. Esta experiencia histórica, casi única en el mundo, ha principiado por dar al norteamericano la noción de que le son connaturales la libertad y la igualdad; pero ha acabado por crearle dos nociones más: primero—¡quién lo creyera!—, la de superioridad; segundo, que como él ha sido y es tan libre en su país, puede serlo en otros para hacer en ellos cuanto quiera. En todo caso, lo ha llevado a una incapacidad completa para entender por qué en México la libertad se ha abierto paso con tanta lentitud y a costa de tanta sangre; por qué México ha tenido, en consecuencia, una historia tan accidentada; por qué el mexicano desconfía del norteamericano, a quien no en balde ha llamado desde hace mucho tiempo el «coloso del Norte»: el mexicano lo tiene como el mayor peligro para su libertad lo mismo individual que nacional.

El ambiente general de pobreza ha hecho del mexicano un ser algo gris por lo callado y modesto; pero en el fondo, se sentía seguro en su mundo y aun orgulloso, soberbio de su pobreza. Y todo él era un ente un tanto inactual: no muy siglo veinte ni muy occidental. No creía que la riqueza fuera signo inequívoco de inteligencia o de virtud; en ella veía mucho de buena suerte y un poco de fatalidad. Por eso, creo firmemente que hasta hace, digamos, cincuenta años, el mexicano no envidiaba la riqueza, ni veía en ella la meta mejor

para los afanes del individuo o de la colectividad. No ambicionaba tanto la riqueza como la libertad, la calma necesaria para hallar su camino, la holgura física para seguirlo, la soledad para gozarlo. Y creía en Dios, justamente porque ante El no parecían contar de modo decisivo sino la virtud y el honor y porque El, a buen seguro, sabría apreciar más el recogimiento que la ostentación. Y esa pobreza, esa soledad, ese abandono en que el mexicano vivía, no dejaban de ofrecer algunas compensaciones, como la tenía su ignorancia, que jamás fué obstáculo para nacer y desenvolverse con una sabiduría vital que no le daban las cartillas o los diarios. Hombre de piel muy fina a pesar de sus pies agrietados de tanto caminar descalzo entre las rocas o en el fango, el mexicano posee un sentido y una capacidad artística que no sé si tienen su igual en muchos pueblos de la tierra: goza ante un paisaje, se arroba en la observación de un rostro humano o en la contemplación de una imagen religiosa, el color le hiere y la nota musical más distante encuentra en él un eco seguro. El mundo en que ha vivido el mexicano, para decirlo de una buena vez, no era un mundo material, sino más, mucho más, un mundo espiritual y religioso: esa ha sido la única razón de su existencia, la tabla de salvación a la que se ha aferrado mientras el mundo todo, singularmente Estados Unidos, tomaba un sendero diferente: el de preferir el gozo fugaz y externo de lo material al más permanente e interior del espíritu.

El norteamericano, en cambio, ha vivido en la riqueza; pero ésta conforma o deforma al ser humano mucho más de lo que se piensa. El yanqui, por ejemplo, para nada muestra una sensibilidad mejor que para advertir la desigualdad cuantitativa, el más y el menos: y quien es menos rico quiere ser más rico y más rico todavía, hasta perder la noción del término o del fin, o la del reposo o del ocio, que es peor. Lo que ha salvado hasta ahora a la sociedad norteamericana de estallar, sujeta, como ha estado, a esa inmensa presión del apetito insaciable de riqueza, no es la igualdad de riqueza, que desde luego jamás ha existido, sino la «igualdad de oportunidades» para que todos se hagan ricos: y hasta ahora la experiencia reiterada de la sociedad norteamericana ha sido, en efecto, que algunos han podido hacerse ricos, y que, en consecuencia, todos podrían serlo con sólo tener las rudas cualidades de un luchador. Día llegará —y no está, en verdad, distante— en que esa experiencia, ya tan restringida hoy, se haga más y más rara, o claramente imposible, o se alcance al precio de la violencia y del crimen. Y entonces—sólo que muy tardíamente para la salvación del mexicano—cambiará la tabla de valores humanos que hoy rige en Norteamérica. Entre tanto, debe convenirse en que la riqueza no es para guardarla calladamente, sino para exteriorizarla, para lucirla, para hacerla brillar y sonar hasta cegar y ensordecer. De ahí el colorín, la velocidad, el ruido y el tufo; de ahí la necesidad de la chusma que aplauda, que coree, que admire y envidie. No es exactamente que el norteamericano sea un materialista empedernido y sin salvación espiritual alguna, entre otras cosas porque jamás ha sostenido que la riqueza sea un fin sino un medio; lo que pasa es que le han preocupado tanto los medios y gasta tanto tiempo en conseguirlos, que por fuerza los medios no sólo se han convertido en fines, sino en lo único que existe, al grado de que ya es indistinto llamarles una u otra cosa.

Por todo eso, el mexicano ve en el norteamericano a un intruso: el gigante

que irrumpe en su pobre, mansa soledad para hacerse admirar y envidiar. Y el mexicano lo está admirando, lo envidia ya, pero no sin el rencor de quien se siente obligado a abandonar su plácido rincón para cavar febrilmente la tierra en busca de un tesoro que lo haga digno de un mundo en el cual el santo y seña no es ya la virtud, la mansedumbre, sino el chasquido de una moneda de oro sobre el mostrador de una piquera.

No pretendemos, como es obvio, trazar un cuadro general ni completo de las diferencias psicológicas—llamémoslas así—que existen entre el mexicano y el norteamericano; simplemente se apuntan algunas para volver a la conclusión de que sus relaciones se mueven en un trasfondo de escasa concordancia. El factor principal que aleja a estos pueblos es la distinta trayectoria que los anima; distinta y, sin embargo, convergente, entre otras razones por la vecindad.

México parecía ser a fines del siglo XVIII, o en los muy primeros años del XIX, el país con un porvenir mejor y más seguro entre todos los de este continente, incluyendo, desde luego, a Estados Unidos. Su territorio era entonces mayor que el de Estados Unidos y el del Brasil; su población era también más numerosa y mejor asentada en el suelo; se acusaba ya más en México la concentración de la población urbana, fenómeno éste tan característico de la Edad Moderna: la ciudad de México era la más poblada de la América hacia 1800; nuestro comercio exterior alcanzaba asimismo importancia y en buena medida lo constituían, o la plata, metal monetario entonces tan codiciado como el oro, o materias primas como las maderas tintóreas, de tan ricas posibilidades industriales como lo fueron después las anilinas; gozaba México también del prestigio inequívoco de haber sido el asiento de las más brillantes civilizaciones indígenas y de la más sólida, extensa y experimentada organización colonial de la historia moderna.

Estados Unidos tenía un territorio poco menos que confinado a una angosta faja paralela a la costa atlántica, en la cual su escasa población se había incrustado como temerosa e incapaz de avanzar hacia el fondo de una tierra que parecía infinita y cuya riqueza estaba, precisamente, no en la parte ya poblada, sino en la que le seguía hacia el Oeste. Estados Unidos no existía, en rigor: eran trece colonias prácticamente independientes una de la otra y con débiles lazos de sujeción con la metrópoli. Luego, se trataba de un país, como se dice ahora, de aluvión, es decir, sin abolengo, hecho de pedacería y de materiales no fundidos todavía. En verdad que consiguió su independencia antes que México, con mayor prontitud y venciendo a una potencia cuyo cuarto creciente brillaba ya en el firmamento internacional, y también que la Constitución de Virginia y los Artículos de Confederación y de Unión Perpetua fueron documentos políticos que no sólo no tuvieron un paralelo siquiera remoto en México, sino que debieron haber sido indicio vehemente de que ahí nacía un pueblo con un pensamiento político original y una capacidad de convivencia social poco común.

Pero aun esos hechos, cuya significación nos parece hoy tan grande como indudable, no dejaron de tener por aquel entonces su contrapartida negativa. La rápida victoria norteamericana parecía menos hija de la fuerza de Estados Unidos que de la debilidad de Inglaterra, cuya marina—la más importante

ya del mundo—resultó incapaz de salvar una distancia enorme para mantener en el campo de batalla ejércitos numerosos y bien aprovisionados. Luego, es indudable que le daba un aire de milagro a la victoria el hecho de que la hubieran obtenido trece colonias independientes, precariamente unidas para el solo fin de la lucha militar, pues su origen, su gobierno, sus intereses y pretensiones parecían entonces irreconciliables. El hecho de que el nuevo país optara por el nombre de Estados Unidos, revela hasta qué punto era temida la desunión.

Siendo tan distinto el origen de los dos países y tan claramente favorables los augurios para México, el tiempo se encargó bien pronto de señalar y reiterar la trayectoria de cada uno: ascenso continuo hasta llegar hoy al pico más alto de la historia, para Estados Unidos; franco descenso primero y después ascenso apenas perceptible, para México.

Estados Unidos acabó por contar con un territorio al que con fundada arrogancia llaman los norteamericanos «continente», no sólo por su magnitud y por su exposición a los dos grandes océanos del mundo, sino porque contiene cuanto puede apetecerse para construir una gran civilización moderna y, por añadidura, equilibrada y tan poco vulnerable como es posible que lo sea una civilización tan compleja y necesariamente universal. No carece aquel país de nada que sea fundamental para alimentar bien y con abundancia a una población numerosa, y todavía le quedan grandes sobrantes que le permiten ser un exportador importantísimo de productos alimenticios; materias primas cuantiosas, en general de buena calidad y muchas veces localizadas como por una mano providencial; de ahí capital, aptitud técnica y un mercado interior sin paralelo en la historia.

Con el tiempo, México, en cambio, perdió territorio en lugar de ganarlo; se le fueron muy buenas tierras agrícolas y recursos minerales, hidráulicos, petrolíferos, excepcionales algunos. Y el territorio que le quedó—en franca y terca contradicción con la leyenda—es en buena medida mediocre o difícil de explotar por ahora: hecho añicos por altas montañas que se entrecruzan, sus estrechos valles apenas consienten una agricultura precaria, en tierras expuestas a un proceso secular de erosión y que riegan mal lluvias veleidosas, y cuando, como en la costa, la tierra es buena y la lluvia abundante, entonces el hombre se encuentra en situación desventajosa por el calor, la humedad, las plagas y las pestes. Su población, entonces, se alimenta apenas «para ir tirando». Las comunicaciones han sido difíciles y costosas y, en consecuencia, escasas, dificultándose así el intercambio material y espiritual, es decir, la formación misma de la nacionalidad. Sus recursos minerales muy variados, de calidad media y en cantidades casi siempre moderadas, han caído en manos extrañas por falta de capital, de aptitud técnica y de un mercado rico inmediato. Un siglo, y México, económicamente, quedaría postergado: no sería el país más importante del continente, ni el segundo, ni el tercero, ni el cuarto; en nada alcanzaría la calificación de excelente: su modesta economía le basta apenas para vivir y exporta lo más que puede, temeroso siempre del precio que aguarda a sus artículos, para comprar en el exterior algunos bienes de consumo y todos los de capital.

No ya en su economía, sino en su historia, Estados Unidos es un milagro:

a caballo, con ruido, de prisa, dejando a la zaga una densa polvareda, galopa desde el Atlántico hasta el Pacífico, haciendo al mismo tiempo dos cosas de por sí difíciles: explorar y dominar un territorio inmenso, desconocido, y formar una nacionalidad. Y esto último, por añadidura, con elementos humanos no siempre afines y, en ocasiones, al parecer incompatibles. E hizo Estados Unidos otras dos cosas, y al mismo tiempo también: su nación no fué una más, simplemente, sino una comunidad política modelo, y que intentaría, con audacia y consistencia, la realización de las mayores instituciones y las mejores formas democráticas de vida que hasta ahora se conocen. Y todo esto, diríase, partiendo de la nada, a pulso y en pelo.

México, al contrario, logra su independencia en las peores condiciones históricas. Los largos años de lucha para alcanzarla destruyen una parte de su riqueza: otra, perseguida, huye a España; y la que subsiste es en su mayoría propiedad de la iglesia católica, enemiga de la nueva nación. Así, al nacer, se desata en nuestro país un conflicto que habrá de dilatarse en sus formas más violentas por medio siglo, y para el cual hoy mismo, en rigor, no existe una solución digna, estable y justa. Por otra parte, México fué hijo de una potencia impotente: no sólo las energías vitales de ella menguaron hasta llegar casi a la extinción, sino que España, incapaz ya de crear, cayó por fuerza en la actitud de esconder, para conservarlo, lo mucho que había dado al mundo y lo que de él había logrado, México, como todas las colonias españolas de América, vivió así bajo un signo de conservación y de reacción, y no movido, como lo fué el país que sería más tarde Estados Unidos, excepto del modo más tortuoso y tardío, por las grandes fuerzas creadoras de la sociedad moderna. Esto ha podido ser un accidente histórico fácil de salvar en el siglo XVII; pero el hecho de que España no concurriera al drama del que saldría la revolución política, económica y filosófica del liberalismo, fué ya fatal para las nuevas naciones hispanoamericanas: nacieron arrastradas por un torbellino de ideas y de hechos que les eran ajenos y cuyo alcance real no acertaban a medir. Entenderlos, apreciarlos, aprovecharlos, le llevó tiempo, esfuerzo, y ¡cuánta desazón!

México, lejos de crecer a lo largo del siglo XIX, de desenvolverse, se consumía en concertarse con el mundo: no terminaba aún de digerir a España cuando principió a deglutir el universo moderno. Por esas dos razones principales—y por tantas otras secundarias—, México es también en cierta forma un milagro histórico, sólo que no de fecundidad, sino de supervivencia: es, de verdad, un milagro que aun esté en pie, y más todavía, que aun crea en su destino.

Pueblos distintos son, entonces, México y Estados Unidos; sus trayectorias también. Y, sin embargo, no les ha cabido el recurso de apartarse: son vecinos y sus intereses chocan. Hay en todo esto, latente unas veces, otras agudo, un conflicto que quizás no llegue otra vez a mayores, pero que no por eso será ni menos real ni menos doloroso. Hoy hace un siglo, justamente, se selló la primera etapa de la pugna: México se atravesó en «el destino manifiesto» de Estados Unidos; quedaba su territorio en el medio, vino el alud y lo arrasó. Ese fué el primer ajuste en el proceso de machacamiento al que ha estado sujeto, al que está sujeto México por su buena vecindad con Estados Unidos; pero a pesar de haber sido tan espectacular, tan recónditamente doloroso,

con haber cubierto de un espeso velo negro la historia toda del país, al punto que su recuerdo hace enmudecer y torna sombrío al mexicano, a pesar de todo eso, tal ajuste no ha sido el peor ni el de más fondo. México, hoy una nacionalidad todavía muy imperfecta, lo era mucho más hace un siglo; pudo así resistir la amputación, como la conlleva mejor un organismo informe o nuevo que no uno maduro e integrado.

Peor fué el segundo ajuste, si bien llegó callado, cuando en 1890 la ola colonizadora que venía impetuosa del Atlántico, acabó de llegar hasta el Pacífico. Entonces, Estados Unidos quedó entre los dos océanos, con una necesidad imperiosa de comunicarse con prontitud de uno a otro: para lograrlo, había que cortar el continente en su estrechamiento más próximo, y antes de que en Nicaragua o Panamá, se pensó en Tehuantepec. Mas aun salvándonos de que la incisión se hiciera en nuestro territorio, no podíamos evitar que así se convirtiera éste en apéndice de la masa geográfica continental de Estado Unidos. Fué entonces cuando pasamos a formar parte del «sistema norteamericano»; se advirtió entonces que México jamás podría, no ya luchar—que de eso parecía estar escarmentado—, pero ni siquiera huir: al Norte estaba Estados Unidos; al Oeste, un océano desértico, que a nada parecía conducir; al Este, el Atlántico, rico y poblado, pero al cual no teníamos siquiera un acceso directo: nuestro Golfo de México no es parte del Océano Atlántico, como no lo es el Mar Mediterráneo; es, como éste, un mar interior, un lago al que taponan la península de la Florida y el arco militarmente cerrado del archipiélago antillano. Sólo quedaba la salida suriana, Guatemala, el resto de la América Central... parte también del «sistema norteamericano». ¿A dónde podía ir México?

Pero, después de todo, ese segundo ajuste de la vida mexicana a la de Estados Unidos no era sino una consecuencia del desarrollo interior de este país. ¿Qué ocurriría cuando se iniciara el exterior? No era menester, por otra parte, aguardar mucho tiempo para ver los resultados, pues en 1917, Estados Unidos resuelve entrar en la guerra europea, decide de la suerte de ella y de ella sale más rico que nunca y con el acatamiento universal para que su zona de influencia inmediata sea la América Hispánica, y México al frente de ella.

Hay hechos históricos que aparecen y obran providencialmente: desempeñan una función anestésica sin la cual no se sabe cómo una sociedad podría ajustarse a una situación que si bien arranca del pasado, se consuma como de improviso y se presenta como nueva, tajante, imperativamente nueva. Así, cuando en 1914 se inicia la primera guerra mundial, la Revolución mexicana entra en la fase violenta que la conduciría a la victoria final y completa. Sale de ella México como un país nuevo: apretado, dinámico, acometedor y con un tono nacionalista que había perdido en el vano y largo proceso de europeización porfirista. Nada parece importarle que Estados Unidos se haya convertido en una potencia de primer orden, que la guerra lo hiciera amo y señor de las Américas. Lo desafía con su Reforma Agraria, bajo cuya hacha caen pronto propiedades y personas norteamericanas; con su legislación y política petroleras, que limitan y dañan intereses yanquis, hasta desposeerlos por completo en 1938; inicia en 1917 una vigorosa política de acercamiento con los países latinoamericanos, cuyo fin es defenderse de Estados Unidos y disputarle pres-

tigio e influencia. A México se le proscribde de la Sociedad de Naciones; como muda protesta contra una política norteamericana de persecución, renuncia a concurrir a la Conferencia Interamericana de Chile; y alguna vez el secretario de Estado Kellogg declara públicamente que México se halla en el banquillo de los acusados por sus grandes crímenes internacionales. México interviene más de una vez en la política centroamericana, contrariando los designios yanquis: retira a su representante diplomático cuando las marinos norteamericanos invaden a Nicaragua, haciendo así de Sandino un héroe y consiente que en su territorio se organicen expediciones en contra de Juan Vicente Gómez, perturbando la paz americana bajo el señuelo de la democracia. Estados Unidos, acosado, con más de un deseo de cortar todo aquello con las armas, decide cambiar de táctica y envía al embajador Morrow, genio de la nueva diplomacia. Esto no impide que México siga teniendo una política internacional olímpicamente independiente: establece relaciones diplomáticas con la Unión Soviética antes que ningún país del Continente, y, desde luego, mucho antes que Estados Unidos; se pone al lado del gobierno republicano español, objeta el imperialismo italiano en Africa, censura la pasividad ante la invasión nipona en China, etc.

Entre alternativas, entre altas y bajas, las relaciones de México y Estados Unidos son agrias y, a veces, violentas, hasta 1938, en que la disensión parece culminar con la expropiación de los bienes de las compañías petroleras norteamericanas e inglesas; pero en el fondo, México se opuso tan tenazmente a la nueva situación de dependencia sólo para ganar tiempo y ajustarse a ella; muy poco después, México pasaba a ser un aliado de Estados Unidos en la segunda guerra mundial.

El ya secular proceso de machacamiento de México entra ahora en su etapa final. Ocurre en todos los terrenos, pues en todos ellos se deja sentir la pertinaz, la inabatable influencia norteamericana; en los hábitos de alimentación y del vestido; en el lenguaje, en el pensamiento, en los ideales de vida; en la economía, en la sociedad, en la política religiosa, en las artes y en la educación; en toda acción interior y exterior. Esa influencia se ejerce, además, en un mundo en que la distancia no es ya defensa; en un mundo de una prensa que ofusca; de una radio que aturde, de un cine que embelesa y de un avión que se dispara como flecha mágica desde Washington, para llegar a México, hoy, en diez horas, mañana en seis y pasado en cuatro. Por eso, la influencia norteamericana sobre México es ya como el dios de los cristianos: omnipotente y omnipresente. Y a todo ello añádase una circunstancia todavía: no es que Estados Unidos sea simplemente una gran potencia, sino la única: todo el dinero del universo está ahí; casi toda la fuerza y la técnica; mucho de la civilización del presente y del futuro; y también las Naciones Unidas, es decir, el gobierno del mundo.

¿Qué ocurrirá? ¿Qué quedará de México después de esta última etapa de machacamiento? ¿Podrá resistir y, en ese caso, con qué principales elementos de defensa? ¿Es tan avasalladora, como parece, la influencia norteamericana?

Nuestro territorio alguna defensa ofrece, no por nuestro, sino por ser lo que es: pobre, fuera de la zona templada y accidentado, circunstancias todas que son bien diferentes y adversas para repetir en México, lisa y llanamente, el

«experimento» norteamericano, experimento cuyas bases esenciales han sido hasta ahora una abundancia que permita el desperdicio y una llanura que facilite al extremo el esfuerzo físico.

Nuestra población será un obstáculo todavía mayor. A nuestra clase media puede agradarle el modo yanqui, y, en consecuencia, puede preferirlo; pero aun en ella hay una evidente repugnancia a la uniformidad y una gran soberbia para acatar a cualquier amo. El norteamericano puede ser individualista en el sentido de que prefiere tomar él la iniciativa, y no dejarla a la colectividad; pero no en el de que apetezca ser distinto de los demás, como al mexicano le agrada y busca serlo. En el yanqui, la sumisión no origina rencor, quizás porque la ha considerado siempre transitoria. El mexicano, rebelde, indisciplinado, admite al amo y lo obedece, pero jamás lo estimará.

El indio presentará mayor resistencia. Desde luego, formando él, como forma, una gran masa inerte sobre la cual se han apoyado pequeños grupos aristocráticos, podrá ser de nuevo esclavo del norteamericano—como antes lo fuera del español o del criollo—; pero difícilmente llegará a desempeñar el papel de la masa norteamericana, gregaria, fluída, impetuosa, sensible al estímulo de la riqueza. El despojo del indio, su ensimismamiento, su profunda desconfianza, su ritmo lento y su cerrado mutismo, harán difícil su participación voluntaria y gozosa en una civilización de estruendo, de violencia, de lucha tenaz... aun cuando nunca se puede apostar con certeza sobre la fascinación del dinero o el alucinamiento del confesor.

Antes era usual contar a la iglesia católica como una de las fuerzas de resistencia decisivas contra la penetración yanqui. Quizás esa opinión se basaba en el razonamiento simplista de que siendo Estados Unidos un país predominantemente protestante, la iglesia católica temería que con el predominio político y económico viniera el religioso. También se basaba en que la iglesia católica, veía con repugnancia el predominio de una vida tan «libre» como la del norteamericano; la mujer, libertina y desaprensiva en sus relaciones sexuales; el divorcio, universal; el cine, semillero de hábitos licenciosos; la ropa, llamamiento al pecado; el bailoteo perenne, pretexto para que los cuerpos se restreguen. Hoy ya es bien claro que los patriotas mexicanos que contaban con la ayuda de la iglesia católica se habían equivocado, si bien esta situación no ha trascendido todavía a la opinión pública del país.

Quien deseara hacer un recuento prolijo de las fuerzas de que dispondría México para resistir al machacamiento de su nacionalidad, podría hacerse la ilusión de contar también al capitalismo mexicano entre ellas, pensando que, como la industria norteamericana puede cercernarle aun la posibilidad misma de vivir, vería en esa industria, y en el país que la protege, su peor enemigo. También el tiempo—y más pronto de lo que parecía—ha hecho caer la venda de los ojos ilusos: largo rato ha que el capitalismo mexicano vive de las migajas del capitalismo yanqui, y con la inversión de las empresas de capital mixto, el rico mexicano, además, ha colmado su ambición y su vanidad: la de codearse en un consejo de administración con su prepotente colega norteamericano.

Otra forma de medir la resistencia nacional de México es averiguar a qué género de presión está sometido y de quién parte, así como ver si pueden crearse fuerzas contrarias que la contengan. Me parece que una es la influencia vaga,

inorgánica, que ejerce el país que se convierte en «modelo» por su fuerza, por sus recursos y su prestigio, y otra es la verdadera penetración, o influencia deliberada, orgánica, que hacen sentir algunas partes o cuerpos del país modelo, típicamente su gobierno, sus grupos capitalistas, o los dirigentes de la clase religiosa o de la obrera, para citar de entre éstas a sólo dos. En cuanto a la primera, no por vaga e inorgánica, es menos honda o pertinaz, ni tampoco menos difícil de combatir; ni serán desfavorables todos los resultados de esa influencia, porque a ella se ha debido no poco del progreso o de la renovación de los países en que se ha hecho sentir. Y convengamos en que la circunstancia de ser deliberada y orgánica, no convierte siempre a la segunda en una influencia siniestra.

¿Cómo podría combatirse, o, por lo menos, equilibrarse en alguna forma el primer tipo de influencia? En términos generales, sólo habría un medio, que obraría en dos sentidos: combatir, por un lado, esa influencia; por otro, robustecer nuestra nacionalidad. Y ese medio sería el de crear en México una opinión pública compacta, encendida, sensible; pero, ¿quienes crean y encauzan una opinión pública nacional? Es evidente que los organismos gubernamentales deben tener mucho de la iniciativa; que a éstos les seguirían en eficacia las empresas que manejan los medios públicos más logrados de expresión del pensamiento: los diarios y revistas, la radio, el cine y el libro; en fin, están los hombres todos que piensan y sienten, y particularmente aquéllos quienes llamamos intelectuales.

Si el problema de la influencia norteamericana sobre México es tan hondo y tan agudo como parece serlo; si uno de los medios inequívocos de atacarlo es crear una opinión pública nacional; si en México existen los grupos que pueden crearla; ¿por qué, entonces, han pasado los años y pasan los días sin ver siquiera el despuntar de esa opinión pública? No parece que pueda haber sino una de estas dos explicaciones, o una mezcla de ambas: o no existe conciencia del problema y de su magnitud, o se tiene miedo de crear esa opinión pública por juzgársela ofensiva a Estados Unidos o porque podría resultar embarazosa en un momento dado. En uno o en otro caso, no podrían ser esas explicaciones más desalentadoras, pues querría decir que debería principiarse desde muy lejos la obra de rectificación.

La penetración, o influencia deliberada y orgánica, la ejerce más que nadie el gobierno de los Estados Unidos, o las agencias u organismos que él mueve. No debe ni puede ser ella escasa ni poco vehemente, pues al impulso de mero dominio que toda nación imperial siente irrefrenable, hay que agregar la situación actual de ese país, de una genuina punzante necesidad de contar con la sumisión de los países próximos, o con su apoyo y simpatía, si se cree necesario el eufemismo.

A pesar de un número casi interminable de consideraciones que podrían hacerse para demostrar lo contrario, en este campo de la penetración parece más viable una solución: en teoría, desde luego, lo es, pero nada difícil sería que fallara el hombre que pretendiera hacer la teoría, o aquel a quien se le confiara su aplicación. Un acuerdo que concilie los intereses económicos de los dos países no es imposible ni siquiera difícil de concebir en sus rasgos principales; ni debiera ser imposible un acuerdo en el terreno internacional. México no

puede—y quizás no debe—apartarse del camino central que siga Estados Unidos; pero a una cosa no puede renunciar y otra la debe obtener y hacer respetar. La primera es pensar y apreciar por sí mismo los problemas y las situaciones; la segunda, un compromiso formal de Estados Unidos de no tomar ninguna decisión internacional importante sin oír y atender la opinión de México. Y en todo esto—de nuevo—hace falta crear una opinión pública nacional: la política internacional general de un país y concretamente el gravísimo problema de las relaciones de México y Estados Unidos, no pueden ni deben confiarse de manera cabal a la acción personal, y, por eso, transitoria, veleidosa, de un Ministro de Relaciones y ni siquiera de un Presidente. La acción y el juicio de ambos deben alimentarse en la opinión pública de todo el país y deben ser enjuiciados por ésta.

Pocas y bien inciertas parecen ser las fuerzas propias, reales e inmediatas, con que México podría contar para alimentar en estos años de dura prueba su nacionalidad y hacerla subsistir hasta el final. De hecho, todo parece ser en México debilidad y todo fortaleza en Estados Unidos. ¿Es así, por ventura? Exista o no una ley universal de la compensación, en este caso opera, pues la vulnerabilidad de Estados Unidos sólo es comensurable con su increíble fortaleza.

En primer lugar, nada envidiable es la situación general de Estados Unidos en el mundo. Es verdad que no hay caso en la historia de un país cuyo predominio haya sido tan absoluto en un momento dado, que haya conseguido concentrar tanto poder y tanta riqueza. De hecho, Estados Unidos es hoy lo que el león es entre los animales: el rey indiscutible. Sólo que el león es el rey de la selva, es decir, de un mundo animado, y Estados Unidos es el rey del páramo, cuyos únicos habitantes son el viento de la desolación y el frío del hambre y de la muerte. Para tener compañía, para tener seres vivientes que le den algún calor, que lo escuchen siquiera, Estados Unidos habrá de mantener, así, literalmente, a sus aliados—a Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Noruega—y revivir a sus antiguos enemigos, Alemania, Italia y Japón. Y tendrá que convertir en realidad la ficción de que China es una potencia de primer orden. Y tendrá que ganarse a Italia y a España, y que disputarle a Rusia toda la Europa oriental. Y, por sobre todas las cosas, luchar con la Unión Soviética, fanática de la bondad de su propia causa, descreída, intransigente de la bondad de la causa ajena.

No es ésta tarea pequeña, aun para un gran país como Estados Unidos; puede exigir más talento, más experiencia y más medios de los que Estados Unidos tiene, y esto admitiendo que la opinión pública norteamericana acepte alguna vez la idea de que la gloria supone algunas preocupaciones. Aun desempeñada bien, esa tarea significa que Estados Unidos será menos rico y menos fuerte al concluir la que al iniciarla.

Por otra parte, la fuerza de Estados Unidos tiene que engendrar una reacción proporcionada: hasta ahora no son mayoría los mexicanos que la han sentido en carne viva; quizás sólo el gobierno la haya palpado, y los gobiernos son discretos y ceden con facilidad, tan ansiosos están de darle a sus pueblos la sensación de que al amparo de su magia, la vida puede vivirse alegre y confiadamente. Pero que la opinión pública mexicana es capaz de claras reacciones en estos

asuntos, lo revela la derrota electoral de Ezequiel Padilla, el Ministro de Relaciones «amigo» de Estados Unidos, y la inmensa popularidad que cosechó en su viaje el Presidente Alemán con sólo decir en Estados Unidos que México se proponía seguir velando por su independencia.

En fin, las decisiones que va tomando Norteamérica en su política internacional—tanta es, así, su fuerza—irán repercutiendo necesariamente en la opinión pública de México como en la de los otros países, de manera que, en cada caso, Estados Unidos ganará unos amigos y perderá otros. Aun las abstenciones—España y Santo Domingo, por ejemplo— tienen sus consecuencias; pero sin duda la decisión más trascendente es la que parece haber tomado Estados Unidos de luchar contra Rusia. Si es así, Estados Unidos, entonces, ha planteado mal el problema, pues gasta todo su aliento en querer demostrar lo que algunos sabíamos ya de sobra, es decir, que la Unión Soviética es un imperialismo. Mientras Estados Unidos no demuestre que él mismo no lo es, y que por no serlo, por eso y sólo por eso, se opone a la Unión Soviética, no contará con el apoyo y la simpatía de los liberales mexicanos. Y es ya motivo indudable para enajenarse esa simpatía el hecho de que Estados Unidos haya conjurado en su defensa a las peores fuerzas retrógradas y a todos aquellos elementos que con una prontitud que debería ser sospechosa a simple vista, se disponen alegres a participar en la cruzada anticomunista. Si esa ha de ser la política internacional estable de Estados Unidos, puede ese país contar con el apoyo de los grandes capitanes Franco, Somoza y Trujillo, y con los católicos enneguidos; pero no con los elementos liberales de México y de Hispanoamérica.

Y he aquí uno de los costados más vulnerables de Estados Unidos: éste ha sido un país que no ha vivido simplemente en el liberalismo y en la democracia, sino que ha contribuido a la causa liberal y democrática con no pocas de sus teorías originales y con las mejores instituciones y forman de vida que han dado el liberalismo y la democracia. De aquél y de ésta es hijo Estados Unidos, y de ambos ha sacado su mucha fuerza moral y material. ¿Será posible que para engrandecerse más todavía—que no para subsistir—sólo encuentre la solución de crear un mundo retrógrado, reaccionario, hecho de fuerzas antiliberales y antidemocráticas? Por lo que toca a México, Estados Unidos puede estar seguro de una cosa: este país, pobre y torpe si se quiere, vive por una sola razón, con un solo fin: conquistar, practicar, vivir la libertad y la democracia. Toda nuestra historia no es sino un esfuerzo lastimero para lograrlo. Y si hay algún modo de enajenarse definitivamente la amistad y la admiración de México, es el de hacerle admitir que sólo aquí, en México, podría vivir un mexicano como a él le place. Y por fortuna, el liberal mexicano no estará enteramente solo: lo acompañarán los liberales norteamericanos, que no son pocos, y aquéllos que sin serlo de manera expresa, son comprensivos y rectos. Y esos abundan todavía más en Estados Unidos. De la opinión pública norteamericana pueden esperarse, ciertamente, grandes aberraciones, pero también la más limpia justicia.

La Plata. México. Julio-septiembre 1947.

UNA PAGINA DE BERNANOS

(Tomada de su libro «Lettre aux Anglais»)

— ¿Para rehacer una sociedad cristiana, bastaría con entregar su control al público cristiano, a la opinión media cristiana, a los primeros que se digan cristianos? Ciertamente no. ¡Oh! claro, existen los mandamientos y las Encíclicas. ¡Bien está! la doctrina de la Iglesia es la mía. Pero yo hablo aquí de los hombres y de la aplicación que de ella hacen; esto sólo, me interesa hoy día. ¡Y bien!, la sociedad cristiana de los cristianos medios, la conozco: el general Franco me proporciona el modelo. No ha cambiado mucho desde los últimos siglos y nuestros Cromwells católicos se parecen a los vuestros. Desde el punto de vista del observador social, que los heréticos le corten la cabeza a los jesuítas o que éstos quemén a los heréticos, son dos hechos del mismo orden que no cambian en nada las conclusiones a que llega. He dicho, y he repetido cien veces, que la Contra-Revolución española no tenía en sí misma gran importancia, a mis ojos. El hecho inmenso, capital, es el que la opinión media cristiana se haya declarado solidaria, que haya casi unánimemente admitido que se respondiera a las masacres, no por el justo castigo de los masacradores, sino que por la exterminación sistemática de la oposición, de los Mal Pensantes, de los sospechosos. Al aprobar el sistema de depuración, cuyos procedimientos les eran bien conocidos, puesto que servía ya desde largo tiempo en Moscú, en Roma, en Berlín, la mayoría de los cristianos medios de todos los países, pastores y fieles, han pues, solemnemente renunciado a los privilegios, a las exenciones, a las inmunidades, debidas al carácter pacífico del verdadero apostolado. ¡Sea!, eso les incumbe. Oponen la fuerza a la fuerza, y considerando que sus adversarios se han colocado fuera de la ley, se salen ellos también, los siguen en ese terreno, en esa «no man's land», a fin de encontrarse con más libertad para arreglar sus cuentas. Nada mejor. Es así como entienden cumplir en lo sucesivo su deber para con el Orden y con la Sociedad. Pero, en este momento los detengo; no les permitiré jugar con las palabras. ¿Orden cristiano? ¿Sociedad cristiana? No. Ni esa sociedad ni ese orden son cristianos; y para afirmarlo me apoyo en un testimonio irrefutable a los ojos de muchos de entre ellos y a los míos. La Iglesia no reconoce ese Orden ni esa Sociedad como cristianos. ¡Ingleses!, los devotos pueden decir lo que quieran, pero la Iglesia define, y esa infalibilidad doctrinal en la cual tantos ven el principio de una servidumbre de las conciencias, es justamente lo que libera las nuestras. Nos protege contra la tiranía de las opiniones sucesivas, de las deformaciones colectivas del sentido

cristiano, permitiéndonos de oponerles, como lo hago en este instante, una tradición inmemorial, inalterable, imperecedera, de la cual, los prejuicios, las pasiones, el interés, la política, podrían alejar a los Pontífices, si no supieran que su palabra compromete cada vez a la Iglesia entera. No somos nosotros los que estamos ligados por la infalibilidad doctrinaria; es ella la que retiene a la Iglesia viviente en las cadenas, dando a cada una de sus decisiones el carácter de un riesgo absoluto: Todo o nada.

—Ni esa sociedad, ni ese orden son cristianos. Desde Pío IX a Pío XII, los Papas no se han cansado de repetirlo. ¿Es pues necesario reiterarlo a continuación de ellos? Si una sociedad cristiana, un orden cristiano, debían conducir a la disipación monstruosa de una producción inmensa que no enriquece más que a los especuladores y deja a los miserables en su miseria, y luego a una guerra general, mucho más monstruosa todavía, puesto que coloca, en el sentido exacto de la palabra, la civilización al borde del abismo; no quedaría otra cosa sino desesperar del cristianismo. Se dirá que la Sociedad no es responsable de estas catástrofes, sino que las fuerzas del mal. ¡Y qué! ¿no corresponde acaso a la Sociedad el deber de protegernos de las fuerzas del mal, de mantenerlas en jaque? Exige de cada uno de nosotros los dos tercios de nuestros bienes, y cuando le hemos pagado esa enorme prima de seguro, se declara incapaz de cumplir con su contrato, nos pone un fusil en la mano para que lo ejecutemos nosotros mismos. ¡Oh!, sin duda que los cristianos de que hablo no se atreven públicamente a proclamarla cristiana, pero actúan prácticamente como si lo fuera, se declaran solidarios, ponen fuera de la ley divina y humana a los que ha arrojado a la desesperación, entregado, por el escándalo de sus contradicciones impotentes, a todas las tentaciones de la desesperación. Cuando se les reprocha esto, lloriquean, declaran que esta sociedad no ha sido nunca a sus ojos otra cosa que un Mal Menor, que aseguran, por este título, su defensa provisoria, condicional; que la renegarán una vez que caiga, que tienen siempre lista a su alcance, llena hasta el borde, la cubeta de Poncio Pilato. No comprenden, o no quieren comprender, que una Sociedad incapaz de cumplir con sus deberes, hasta el punto de arrastrar a sus miembros a una catástrofe pavorosa, no sabría mantenerse sino por la fuerza. Se dicen sostenedores de la Sociedad; son en realidad instrumentos de la Fuerza. Aportan a la Fuerza un auxiliar infinitamente más precioso que sus corazones sin coraje y sus brazos débiles—el prestigio de una doctrina que pretenden servir, de la Iglesia, de la cual se proclaman los campeones. Así se les ha visto obrar en Italia, en España, en Alemania. Y si no han obrado de la misma manera en Rusia, cuando Pío IX les había demostrado veinte veces la identidad esencial de los sistemas y de los métodos, es—por propia con-

fesión—, debido a que el totalitarismo ruso constituye una amenaza si no más directa, por lo menos más franca contra la Propiedad. De todo el admirable edificio de la antigua Cristiandad, se han limitado sólo a defender este último bastión; es el único bajo el cual han jurado sepultarse los discípulos del Pobre de los pobres; les parece mil veces más precioso que la Libertad, la Justicia, el Honor. «No defendemos la Propiedad, dicen, sino que el Principio». ¡Alto!, tampoco aquí les permitiremos jugar con las palabras. En su concepto de la Propiedad, la Sociedad moderna no se inspira de ningún modo en el derecho cristiano; ha vuelto a apropiarse de las definiciones tradicionales del implacable Derecho Romano. Según el Derecho Cristiano, en efecto, el propietario es el intendente de lo que posee; lo administra para su provecho, sin duda, pero además para el bien de la comunidad, y es responsable ante ella. El Derecho Cristiano no ha reconocido jamás el *Jus abutendi* que permite a los especuladores, grandes o pequeños, la destrucción voluntaria de mercancías preciosas, indispensables, a fin de mantener el precio. El principio, el famoso principio, prenda de unión de los Hombres Honestos, de los Hombres Dignos; el principio que Uds. inscriben altaneramente en los estandartes de la Cruzada, no es ni siquiera el de la Propiedad Cristiana. «Lo sabemos, responden, lo defendemos condicionalmente, a fin de evitar lo peor». ¡Ciertamente! Uds. lo tienen como una verdad relativa, ¿he comprendido bien? ¡La desgracia es que no se les ve tratar con una severidad relativa a los que lo discuten o lo niegan! Aprueban muy bien que los fusilen; y si es necesario, ponen manos a la obra. ¡Fariseos! ¡Visperas! Se vengan con ametralladoras de los crímenes contra el Orden—cristiano o no—y se contentan con denunciar los crímenes contra la Justicia en manifiestos redactados en lenguaje filosófico, fuera del alcance de las víctimas. Defienden a los propietarios con plomo, a los miserables con papel. ¡Hipócritas! Vacilaba en otros tiempos de hablar como lo hago ahora, porque temía—¡Oh, Señor!, no vuestras represalias, sino vuestras calumnias—*et a verbo aspero*. Hoy día soy un hombre viejo; he hecho mi tarea; no hay probablemente ningún tonto en el mundo que crea que el autor de *LA JOIE* y del *JORNAL D'UN CURÉ DE CAMPAGNE*, prepare una carrera de demagogo. Cristianos sin corazón y sin cabeza, siempre os he mirado de frente, desde mi juventud, con una especie de curiosidad desesperada, porque bien puedo decir ahora que fuisteis para mi niñez un escándalo intolerable, del cual no he escapado sino esforzándome por comprenderlos. Sois el escándalo de la Iglesia, pero es necesario que ese escándalo sea; Cristo quiere ocultarse a nuestra razón, a nuestro juicio; aún a nuestra conciencia; el corazón, sólo, lo busca y lo encuentra. Sois las especies sacramentales del Sacramento de la Divina y permanente Humillación.

MARITAIN Y LA RENOVACION DEL TOMISMO

Por Jaime CASTILLO VELASCO.

En sus «*Siete Lecciones Sobre El Ser*», Jacques Maritain nos habla de un «tomismo viviente». En breves frases señala la tarea que a la filosofía tomista corresponde en nuestra época: la de salvar, a la vez, los valores de la inteligencia y los valores humanos. El aspecto especulativo y el aspecto práctico quedan así incluídos en esta labor. En seguida, Maritain indica los dos caracteres esenciales de un tomismo viviente:

«Tenemos primeramente, nos dice, la imperiosa obligación de defender la sabiduría tradicional y la continuidad de la *philosophia perennis* en contra de los prejuicios del individualismo moderno, ya que éste aprecia, estima y busca lo nuevo por lo nuevo mismo y no se interesa por una doctrina, sino en la medida en que ésta representa la creación de una nueva concepción del mundo.

«Nos es preciso además demostrar que esta sabiduría permanece siempre joven e inventiva y que, en ella, bulle siempre una necesidad profunda y substancial de crecer y renovarse».

Sobre las dificultades que una tesis semejante suscita ya había dicho algo el pensador español Julián Marías, justamente a propósito de Jacques Maritain y de su obra citada. (*Un tomismo vivo*, en «*San Anselmo y el Insensato*»). No puede negarse, sin duda, que dichas dificultades existen y que ellas deberían ser estudiadas. Es, en efecto, admisible hablar de una filosofía perenne, bajo la condición de determinar el sentido de ese vocablo y de resolver las cuestiones implicadas. Porque la perennidad de una filosofía no nos resulta una afirmación unívoca. Dicho de un modo general, una filosofía perenne es aquella que siempre vuelve. Aquella cuyos temas y soluciones no pueden ser ya alejados, pues son como el símbolo de la presencia del espíritu en las cosas del hombre. En este sentido, cualquiera de las grandes filosofías es, al parecer, perenne. Podría decirse que un sistema es grande en la medida en que es perenne. Sin embargo, cuando los tomistas hablan de la perennidad de su propia filosofía están yendo más allá de un simple eterno retorno de algunos temas esenciales. Están, en verdad, señalando al tomismo como una verdad filosófica en sí, absoluta y permanente, capaz de progresar, enriquecerse y asimilar las ideas de los restantes sistemas, sin contradecirse jamás.

Creemos, con Julián Marías, que esa atrevida e inquietante afirmación ha de justificarse. Filosóficamente es éste un problema previo e inevitable en las actuales condiciones culturales. Por desgracia, los tomistas no lo han tratado suficientemente hasta ahora.

El asunto, sin embargo, pudo haberse suscitado a raíz de unos artículos publicados en la revista *Estudios* (1), por el Padre Osvaldo Lira. Por cierto, él no se planteó explícitamente la cuestión. Su propósito era demostrar el escaso valor filosófico de Jacques Maritain y la incapacidad de este filósofo en lo que concierne justamente a la renovación del tomismo. El Padre Lira su-

(1) *Estudios*.—N.os 174-175, Julio y Agosto de 1947.

pone aquí la perennidad del tomismo y su capacidad de enriquecimiento y asimilación. Lo que no trata es el problema mismo que implícitamente queda planteado.

Podríamos decir, aventurándonos un poco, que el Padre Lira incurre precisamente en el error que él mismo reprocha a Maritain: el de tratar con ligereza u ocasionalmente temas profundos.

De cualquier modo que sea, su estudio llega a resultados lo suficientemente negativos como para inspirar algunos comentarios. Trataremos, en estas notas, de exponer nuestra opinión en torno a las cuestiones discutidas.

I

LA CRÍTICA DEL P. LIRA

Pongámonos, ante todo, de acuerdo sobre el alcance de las críticas formuladas.

Para el articulista de «Estudios», Jacques Maritain no es desde luego un filósofo genial, no pertenece siquiera «a la estirpe augusta de los metafísicos» y carece en absoluto de la capacidad y penetración necesarias para realizar la urgente tarea que él se propone: hacer de Santo Tomás el apóstol de los tiempos modernos.

Desde el punto de vista de la renovación del tomismo, Maritain no ofrece, según el Padre Lira, ningún interés y no hace, más que repetir las tesis esenciales de la Escuela. Ha considerado el tomismo como un «organismo biológico» llegado a la plenitud de su crecimiento». En él, la idea de un «tomismo viviente» aparece sólo como una buena intención que la «real incapacidad» del filósofo ha malogrado.

Es verdad, sin embargo, que entre el autor de Humanismo Integral y los tomistas de la Escuela de Lovaina hay una gran diferencia a favor del primero. Es verdad también que, de hecho, Maritain ha conseguido, como filósofo tomista, un «éxito inusitado». Ello, sin embargo, no basta. En la tarea de hacer avanzar la filosofía tomista, Maritain no es comparable con los grandes discípulos de Santo Tomás: Cayetano, Báñez, Cano, Suárez, Juan de Santo Tomás, etc. No sólo no adelanta un paso sobre ellos, sino que, además, no puede presentar, como aportación personal, nada digno de las soluciones que cualquiera de esos filósofos propusieron ante problemas metafísicos, jurídicos y teológicos.

Agreguemos dos cosas más.

El Padre Lira no quiere hacerse reo de un «cerrilismo» crítico y reconoce ciertos méritos evidentes en el filósofo francés. Sólo que la tarea de escapar al cerrilismo, por un lado, y destruir el «mito» de Maritain por el otro, es de tal dificultad que se deslizan al crítico frases abiertamente incompatibles entre sí.

Por último, digamos que, a juicio del Padre Lira, los errores políticos de Maritain (¿está aquí la clave de los dos artículos comentados?) provienen directamente de su falta de penetración metafísica. He aquí sus propias palabras:

«Los errores políticos acumulados insistentemente por Maritain, a lo largo de su vida no constituyen por cierto un fenómeno esporádico, sino la consecuencia implacablemente lógica de cierta debilidad congénita para repensar por cuenta propia, en función del yo concreto, pero sin faltar por eso a la verdad, que, en su caso, es la verdad tomista, la metafísica de Aristóteles y del Doctor Angélico».

La conclusión se impone por sí misma: es preciso terminar con el «mito» de un Maritain creador en Filosofía y alejarse, «sin rencor, pero sin pena», de un espíritu que cree en la Democracia liberal y que permaneció ciego ante la integración de los valores espirituales verificada por los ejércitos del General Franco durante la última revolución española (2).

El Padre Lira suministra la prueba de su tesis mediante el análisis de tres temas filosóficos en los cuales Maritain ha parecido introducir alguna novedad: la Estética, la Teoría del Conocimiento y la Filosofía Moral. Seguiremos aquí sus observaciones referentes a los dos últimos.

CUESTIONES PRELIMINARES

Eliminemos previamente algunos reproches demasiado superficiales.

Uno de ellos se refiere a la genialidad o ausencia de genialidad que el Padre Lira atribuye a Maritain. Insiste sobre este punto demasiado y acaso sin mucha elegancia. ¿No parece, a simple vista, más o menos absurda esa tendencia a calificar el talento de los filósofos y a compararlos entre sí? El Padre Lira cree que Cayetano era un genio y Maritain no. ¿Tiene esto algún sentido? ¿Cabe refutar a Kant diciendo que era menos inteligente que Bergson? Nos parece que, por un camino semejante, no se llegará muy lejos. No sólo eso sin embargo. La genialidad de un pensador se nos presenta siempre como un problema complejo. En su apreciación influyen numerosos factores, entre los cuales la perspectiva histórica no es el de menos importancia. ¿No sería acusado el propio Padre Lira de un «cerrilismo» inexcusable, si la evolución histórica de la humanidad llegase a confirmar las ideas de Maritain sobre el destino de la cultura actual y si, de hecho, prosperase, en ese ambiente, el tipo de sociedad que el filósofo describe en «Humanismo Integral»? En última instancia, lo que el Padre Lira nos dice realmente es que su propia opinión sobre la influencia histórica y cultural de Maritain ha de ser elevada, por los hombres de hoy y de mañana, a la categoría de verdad definitiva y sin renovación posible. Naturalmente preferimos no insistir sobre los motivos de una tal creencia.

Tampoco nos parece acertada la comparación entre el tomismo viviente de un Cayetano, un Suárez, un Báñez, un Cano, un Juan de Santo Tomás y el tomismo «pasivo» y «escolar» de Maritain. Ello, desde luego, por los aportes personales de Maritain a la filosofía tomista, que mencionaremos más adelante. Pero, también por la excesiva facilidad con que el articulista se dispone a suponer espíritu creador y genialidad en los escolásticos citados.

(2) El Padre Lira no habla con tanta crudeza, sin duda, pero dice exactamente lo mismo, con palabras veladas, al término de su primer artículo.

Para la Historia de la Filosofía y del tomismo en particular, ellos representan etapas de elaboración y de profundización cuya importancia no puede ser negada. Es inútil, sin embargo, exagerar. En los autores señalados se hace necesario distinguir entre lo que hubo de desarrollo del tomismo y lo que se manifestó en forma de discrepancias sustanciales. Suárez y Vázquez, por ejemplo, se apartaron de Santo Tomás en puntos importantes de Metafísica, sin perjuicio de seguirlo de modo muy cercano a lo literal en los demás. La originalidad de Cayetano, asimismo, tiene un carácter parecido. En cambio, Juan de Santo Tomás sigue a su maestro tan de cerca que un buen conocedor de la filosofía tomista, el Cardenal González, lo coloca entre los «tomistas rígidos». Por otra parte, las aplicaciones del tomismo y su consiguiente enriquecimiento, que Vitoria y Suárez llevaron a cabo en problemas tales como el Derecho de Gentes, no se diferencia mayormente, en cuanto a la originalidad, del modo cómo Maritain ha partido del tomismo para llegar a una teoría de la CIENCIA y a una Filosofía de la Naturaleza, que los antiguos no conocieron.

LA CRÍTICA DEL PADRE LIRA

Volvamos, pues, a los problemas filosóficos tratados especialmente por el padre Lira, y tomemos, en primer lugar, el más importante de ellos: la teoría del Conocimiento.

a) *El problema del conocimiento.* — ¿Qué nos dice, sobre este punto, el Padre Lira? No es difícil presumirlo quizás después de lo dicho: el Padre Lira acusa a Maritain de atenerse en forma estricta al pensamiento de Tomás, sin adelantar un centímetro más allá de los escolásticos españoles del siglo XVI o XVII. Podría llamar la atención, desde luego, el hecho de que se exija a Maritain la modificación de la teoría gnoseológica del tomismo. ¿No es acaso posible pensar que el filósofo francés está en todo de acuerdo con ella, que reputa innecesario imponerle retoques o cambiarla de modo apreciable? Mas, ¿por qué el Padre Lira se cree en el derecho de obligar a Maritain a cumplir esa tarea? Si avanzamos un poco la lectura del segundo de sus artículos, encontraremos la razón. Lo que ocurre es simplemente que el Padre Lira tiene sus propias teorías acerca del problema gnoseológico. Prepara un libro sobre ellas y adelanta aquí algunas de sus ideas. La culpa de Maritain ha consistido en no decir en sus obras lo que el Padre Lira dirá en la suya...

Veamos rápidamente cuál es el aporte tomista que este último nos trae. El articulista se extraña, por de pronto, a causa del hecho de que Maritain no haya definido la esencia del conocimiento. Esta definición podría excluir el conocimiento divino, pero debería contener los dos tipos de conocer humano: el experimental y el nociónal. Ambos coinciden en que arrancan de una misma forma cognoscitiva; difieren, sin embargo, en que, en el conocimiento nociónal, dicha forma es el mismo objeto conocido, pero representativamente; mientras que, en el conocimiento experimental, forma y objeto se identifican físicamente. El Padre Lira, con cierto enfado español, llega a la siguiente «lapidaria fórmula», que el expositor Maritain no pudo alcanzar: «en la experiencia, sujeto y objeto coinciden física y entativamente, mientras que en el conocimiento nociónal dicha coincidencia es meramente representativa e intencional».

En seguida, el Padre Lira nos anuncia una «conclusión novedosa en extremo», tampoco entrevista por Maritain.

El conocimiento, nos dice, es un «acto de autoposición». Esta autoposición, sin embargo, supone (he aquí ciertamente algo muy novedoso) que el sujeto y el objeto no coinciden solamente en un plano intencional, sino también en el plano entitativo, es decir, en el orden del mismo ser. La experiencia resulta así el tipo perfecto del conocer. Por no comprender estos puntos ni sentir la necesidad de completar, en la forma indicada; la filosofía de Santo Tomás, Jacques Maritain no pudo tampoco, según el Padre Lira, establecer la necesaria relación entre la intuición metafísica y la experiencia, o, como él dice, el fundamento de connaturalidad implícito también en dicha intuición. Ello era indispensable, sin embargo, porque sin tales avances no es posible señalar la debida diferencia entre las intuiciones propiamente metafísicas y las intuiciones relativas a esencias determinadas.

Maritain, filósofo tomista, no ha percibido, pues, el hecho simple de que todo conocimiento lo es por connaturalidad. Esto significa que conocer equivale a afirmar que el sujeto cognoscente y el objeto conocido poseen una misma esencia; en otras palabras, son la misma cosa. Pero esta comunidad de esencia es de carácter muy especial y se manifiesta en las formas antedichas: en el conocimiento nocional, el objeto conocido existe en el sujeto por vía intencional, es decir, no en el sentido de que la cosa conocida se confunde físicamente con el entendimiento, sino en cuanto que el entendimiento aprehende la esencia misma de la cosa, la cual pasa a tener una existencia ideal en el intelecto; en el conocimiento experimental, por lo contrario, la connaturalidad es física o entitativa. Sujeto y objeto coinciden, no en el orden intencional, sino precisamente en el orden de la realidad.

II

ANÁLISIS DE LA CRÍTICA

Creemos que, para determinar con exactitud y justicia, el alcance de estas aportaciones al problema gnoseológico, se imponen algunas ideas previas. Por de pronto, la terminología del Padre Lira es ambigua. El habla de conocimiento experimental y conocimiento nocional. Hemos de suponer que el concepto «experimental» no se refiere, en su caso, al saber propio de las ciencias naturales. Tampoco se puede suponer que el Padre Lira pretende oponer la experiencia al conocimiento intelectual. Porque, sin duda, dentro de la filosofía tomista, todo acto de conocimiento arranca de la experiencia. El intelectualismo de Aristóteles y Tomás de Aquino no es un racionalismo idealista. Se trata más bien, según esta filosofía, de un proceso que parte de los sentidos y concluye en la elaboración, por la inteligencia, del concepto o idea. Sería, pues, del todo falso oponer la experiencia al conocimiento intelectual. Sin la primera, la segunda no podría, según Santo Tomás, finalizar el trabajo cognoscitivo. Lo que el Padre Lira quiere señalar, bajo palabras inadecuadas, es la diferencia entre el dato de los sentidos y el dato intelectual.

Avancemos un poco más. ¿Puede lícitamente reprocharse a Maritain el no haber definido la «esencia formálsima» del conocimiento? Nos parece ésta una preocupación pueril, por no decir escolar. De las obras maritainianas se deduce con claridad lo que él entiende por conocimiento. Para un filósofo contemporáneo, por lo demás, el problema no consiste en definir el conocer, sino en explicarlo. La cuestión está suficientemente tratada, a lo largo de 26 siglos de filosofía occidental, como para que no se reproche a un pensador el que omite formular definiciones lógicas acerca del asunto. Si de su filosofía se desprende un planteo correcto del problema, poco importa el saber si, por aquí o por allá, dió una definición «por género próximo y diferencia específica». Otra vez nos encontramos aquí, desgraciadamente, con que la culpa de Maritain consiste en no haber dicho lo que su crítico tenía intenciones de decir. Este, en efecto, siente la necesidad de definir el conocimiento y ha llegado a una fórmula, que, desde luego, le aparece como «novedosa en extremo». El conocimiento, para el Padre Lira, es un «acto de autoposición del sujeto cognoscente». No sabemos si sea ésta una definición lógicamente perfecta; pero, sí, sabemos que se trata de una cierta manera de decir, una figura retórica, más o menos aceptable y, en ningún caso novedosa. Su valor depende de la forma cómo sea explicada. Y, en este punto, el propio Padre Lira se apresura a agregar que no se trata de acoger una tesis idealista (como podría parecer), sino de atenerse estrictamente al realismo de Santo Tomás, y, por lo tanto, decimos nosotros, al de Maritain.

Donde las cosas se ponen más oscuras para el crítico es, sin embargo, en el problema que parece ser la esencia de sus aportes a la renovación del tomismo; es decir, en el de la esencia del conocimiento sensitivo y del conocimiento intelectual. Queremos declarar, por de pronto, que sin conocer la obra que el Padre Lira tiene en preparación, no cabe casi criticarlo. En efecto y según las apariencias, él no sólo no consigue renovar el tomismo, sino, por el contrario, lo único que hace es contradecirlo en algunas de sus tesis más elementales.

Vamos a explicarnos. De acuerdo con la filosofía tomista, el conocimiento humano se apoya, como dato primero, en los sentidos. Del material proporcionado por éstos, la inteligencia extrae aquello que, en *Metafísica*, se llama la «esencia» del objeto. Las ideas no son así simples reproducciones de una realidad exterior. En ellas, por el contrario, se capta el objeto mismo. Sólo que éste existe en la inteligencia con un modo de ser o de existir que no es el de la realidad física, sino el que la naturaleza de la inteligencia le impone: el existir concreto de la cosa se convierte en un existir como ente abstracto. Se comprende fácilmente que, detrás de esta teoría, se encuentra todo el problema de las ideas universales. Pero, de aquí resulta también que el conocimiento humano es forzosamente de tipo intencional. No hay ni puede haber, para el tomismo, un conocimiento en que objeto y sujeto se confundan «entitativamente», es decir, en que el objeto esté físicamente en la inteligencia o en los sentidos. Si tal afirmación se hiciese, sería preciso volver a la teoría de Demócrito o quizás a la de Bergson, quien parece negar la necesaria distancia entre el sujeto y el objeto conocido. En todo caso, se trata de concepciones—verdaderas o falsas—muy alejadas de la esencia del tomismo. Para éste, toda suerte de conocimiento humano revela la intencionalidad de la conciencia, a tal punto de que la admi-

sión o el rechazo de tal característica podría servir para establecer una diferencia primaria entre el tomismo y cualquiera otra doctrina (3).

Es posible que el Padre Lira no haya querido renovar el tomismo contradiciéndolo. Sus propias palabras, sin embargo, lo traicionan.

Agreguemos aún dos observaciones:

Toda la Gnoseología de Maritain supone, al revés de lo que el Padre Lira le imputa, la distinción entre el conocimiento sensible y el conocimiento intelectual. En verdad, tratándose aquí de dos aspectos esenciales dentro del tomismo, no se comprende cómo un hombre que ha sabido resumir y exponer esta doctrina en forma tal que oírlo equivale a oír al propio Santo Tomás (según afirma el Padre Lira) podía luego no hacer las debidas distinciones en un punto tan capital y primario. Nos vemos otra vez obligados a buscar aquí una razón más personal para explicarnos tal crítica: el Padre Lira sostiene al respecto la tesis no tomista que hemos visto más arriba. ¡El hecho de que Maritain no la comparta se traduce de inmediato en la terrible certeza de que es un filósofo adocenado y vulgar!

No vale más la observación relativa a la intuición metafísica. El articulista piensa, como hemos dicho, que entre la intuición del ser en cuanto tal (metafísica) y la intuición de una esencia cualquiera hay diferencias casi infinitas. Maritain, en cambio, no supo percibirlo y se contentó con afirmar el carácter eidético de la primera.

¡Henos aquí nuevamente frente a una tesis que necesitará ser aclarada! Digamos tan sólo, por ahora, que, dentro de la ontología aristotélica-tomista, no puede haber diferencias infinitas o casi infinitas entre el ser y la esencia. La idea de ser excluye a la de esencia sólo si operamos con el tipo de abstracción que los escolásticos llamaban «totalis»; pero, si usamos la «abstractio formalis»—propia del saber ontológico—la idea de ser está unida a la de esencia y la captación intelectual del ser en cuanto ser incluye también la captación de las esencias incorporadas, por así decirlo, en la realidad misma. Lástima

(3) *Es verdad que el articulista afirma expresamente, en otro pasaje, que el conocimiento puede no ser de orden intencional. Justamente critica a Maritain el proclamar «con absoluto desconocimiento de la realidad más entrañada de las cosas, que no puede darse conocimiento sin intencionalidad». Y agrega en seguida: «... sería curioso oírle explicar, entonces, la estructura ontológica del conocimiento divino, y descendido ya al plano de lo creado, el conocimiento experimental que los ángeles y el hombre logran adquirir del propio yo concreto sustancial».*

En cuanto a lo primero, digamos desde ya, que por muy en la entraña de las cosas que se sienta el Padre Lira y por mucha que sea la verdad que le asiste, su tesis no es tomista. Para el tomismo, la exigencia de la intencionalidad es fundamental.

En cuanto a lo segundo, agreguemos que cuando se habla de la intencionalidad, los escolásticos y el propio Maritain no se refieren al conocimiento divino. (Confr. Les Degrés du Savoir, págs. 218-221). Digamos también que, en cuanto al conocimiento del yo, la doctrina tomista afirma que éste se produce, no por una intuición directa del yo, sino por las operaciones del entendimiento; esto significa que para percibirnos a nosotros mismos debemos recurrir a la intencionalidad de la conciencia, manifestada en los actos del conocer. El Padre Lira abraza aquí, contra Santo Tomás, la doctrina franciscana... ¡y critica a un filósofo tomista por no haber contradicho a su maestro!

que el pasaje, en que el Padre Lira trata esta cuestión, aparece extremadamente vago y fugaz.

b) *El problema de la filosofía moral.*—El problema de la filosofía moral no nos detendrá más que unas pocas líneas. En realidad, el crítico de Maritain se limita a declarar que los reproches dirigidos por el Padre J. M. Ramírez contra el filósofo francés, a propósito de esta cuestión, son, en verdad, injustos. Esto lo afirma el Padre Lira después que, en el primero de sus artículos, había adelantado nada menos que lo siguiente:

«Lo mismo cabría decir respecto de su actitud acerca del objeto adecuado de la filosofía moral, asunto en que la competencia magistral del Padre Ramírez demostró a nuestro filósofo, a través de una polémica en que éste se condujo de una manera asaz intemperante y grosera con el ilustre dominico español, su incompatibilidad con la doctrina de Santo Tomás».

Que no ha existido tal grosería e intemperancia puede advertirlo cualquiera que lea la obra de Maritain «Ciencia y Sabiduría» y que, en todo caso, el tono usado por Maritain en sus polémicas es mucho menos intemperante, despreciativo y mordaz que el que usa, contra él, el articulista, es cosa que también podrá confirmar quien desee imponerse del estudio que comentamos.

De todos modos, resulta curioso que, después de una tan inquietante afirmación, la crítica se reduzca, en el segundo artículo, a establecer que el padre Ramírez leyó mal a Maritain y a señalar luego, sin dar pruebas, que el autor de «Los Grados del Saber» procede sin «el necesario rigor científico» en esta materia.

III

Las explicaciones que preceden (acaso excesivamente largas) eran necesarias a fin de reducir a lo que creemos justo los arrogantes términos en que el Padre Lira se expresa. Ellas nos conducen a formular ahora la pregunta de fondo: ¿ha cumplido Maritain su propia recomendación sobre la necesidad, que asiste al tomismo, de mantenerse «siempre joven e inventivo»? Hemos visto ya que la crítica del articulista de «Estudios» no basta para convencernos de que esa posibilidad es irreal. Tratemos aquí—con la brevedad del caso—aquello en que, a nuestro juicio, consiste el aporte de Maritain al tomismo contemporáneo.

Hay, por lo menos, dos temas en los cuales dicho aporte es indiscutible. Resulta curioso comprobar que el Padre Lira se limita a rozar fugazmente el uno y a tachar el otro, sin examen, como un conjunto de «errores insistentemente acumulados».

EL PROBLEMA EPISTEMOLÓGICO

Nos referimos, en primer lugar, al problema de la Ciencia en sus relaciones con la Filosofía. Se conoce la importancia que la crítica de la Ciencia ha adquirido en la Filosofía de nuestros días. La necesidad de refutar esa especie de monopolización del saber, a que tendía el cientismo de fines del siglo XIX, ha encontrado en teóricos como Poincaré, Meyerson, Duhem (para no citar sino

franceses) y aún en muchos sabios, el camino adecuado para manifestarse. En esta tarea, Jacques Maritain ha tenido—sin que, por lo demás, su obra sea suficientemente conocida y apreciada—una gran importancia.

El rasgo común a todos los pensadores citados es que ellos tienden a precisar y limitar el conocimiento científico. Este último no aparece ya, como el único saber posible y como una traducción exacta de la realidad. La Ciencia se halla, en verdad, impregnada de metafísica y, por sí misma, nos presenta más bien fórmulas de acción y no de conocimiento.

Naturalmente, las discrepancias empiezan a partir de ahí. Desde el «convencionalismo», de Poincaré, hasta la necesidad de «identificación», de Meyerson, hay un abundante juego de tesis epistemológicas. El aporte de Maritain, en este punto, ha consistido, para decirlo solamente en dos frases, en asimilar los resultados de la ciencia al concepto escolástico del ente de razón con fundamento in re, con lo cual parece que se aclaran notablemente las cuestiones de la relación entre la teoría científica y la realidad. Al mismo tiempo, mediante su concepción de una Filosofía de la Naturaleza, distinta de las Ciencias propiamente tales y de la Metafísica, Maritain ha contribuido a delimitar los diferentes campos del conocimiento y a precisar el modo típico de saber que a cada uno corresponde.

Para llegar a estas conclusiones, el filósofo francés ha partido, sin duda, del tomismo. Sus concepciones se apoyan en la teoría tomista del ser, de la abstracción y en las especulaciones expresas de los escolásticos sobre la Metafísica y la Física. Sin embargo, como él mismo lo demuestra, la conciencia exacta de las diferencias anotadas y la determinación del valor cognoscitivo corresponde a la Ciencia moderna, no estaba ni podía estar en el tomismo. La tarea de haberlas sacado a la luz, frente a un problema actualísimo, es obra de Maritain, como filósofo que prolonga y desarrolla las tesis del tomismo.

El Padre Lira reconoce el hecho anotado. Sabe, que la obra «Los Grados del Saber» constituye uno de los frutos más auténticos de la especulación escolástico-tomista en nuestros días. Pero esto lo afirma sólo más o menos de pasada en el primero de sus artículos; en el segundo—aquel en que analiza particularmente las tesis capitales de Maritain—no habla para nada de ello. Por lo demás, reduce la epistemología maritainiana a un simple deslindamiento del papel que corresponde al segundo grado de obstrucción.

EL PROBLEMA DE LA FILOSOFÍA POLÍTICA

El otro problema a que nos queremos referir es justamente el que no se toca en el trabajo del Padre Lira: el problema político. Sabemos hasta qué punto la ignorancia de la filosofía de Maritain ha servido para fundamentar los ataques de sus adversarios. Entre nosotros, uno de sus más destacados censores acostumbraba a señalar en Maritain, el gravísimo error de que sus concepciones estaban en pugna con la ideología tradicional de los partidos de Derecha; pero, junto con formular este reproche, declaraba aceptar... ¡todas las tesis de la obra «Humanismo Integral»!

El Padre Lira, por su parte, denuncia acremente a los críticos ignorantes.

Lo curioso es que, enfrentado al problema de la filosofía política maritainiana, se limite a declarar que es errónea y a agregar, luego, que las fallas de orden metafísico están en la base de todo ello.

La cuestión, sin embargo, tiene más miga de lo que parece. El tomismo y el sentido de renovación que anima a Maritain le han permitido delinear una Filosofía de la Cultura, cuyas ideas centrales se encuentran en «Humanismo Integral». Hay allí todo un trabajo de interpretación histórica y cultural en el que Maritain ha aprovechado, no sólo conceptos fundamentales del tomismo, sino también la actitud general de Santo Tomás ante el problema de la cultura. De allí también ha surgido la idea de la «nueva Cristiandad», la crítica del orden social capitalista y la necesidad de encauzar las fuerzas cristianas hacia un ideal que rompa con los moldes políticos tradicionales. En este sentido, «los errores políticos insistentemente acumulados» consisten en haber seguido hasta sus últimas consecuencias una tesis histórica y filosófica determinada. Lo curioso y divertido a la vez es que dicha interpretación no recibe mala acogida en los círculos católicos más conservadores. En efecto, la idea de una paulatina descristianización del mundo moderno, a partir de la Reforma, es un hecho comúnmente aceptado. El mundo moderno, nacido por influjo de los tres «funestos» reformadores, Lutero, Descartes y Rousseau, (así se expresa el Padre Lira) es condenado. ¡No se atreva alguien, sin embargo, a pensar en una acción política que separe el Cristianismo de los conglomerados políticos que sirven aún los intereses y las ideologías máspreciadas de ese mundo moderno! Quien tal haga, no será un filósofo tomista ni estará capacitado para renovar su doctrina. Será sólo un «desorientado» y un acumulador de errores.

Convencidos de que el Cristianismo es una mole de piedra, ciertos «renovadores» del tomismo piensan sólo en el siglo XIII. Toda restauración de los «valores espirituales» ha de estar ligada a las ideas políticas de la Edad Media. De ahí que, en ocasiones, el establecimiento de una dictadura sea título suficiente para afirmar que la Cristiandad ha vuelto y que la civilización está salvada.

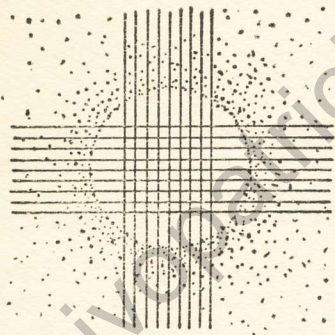
IV

Queremos terminar. En nuestro leal entender, la crítica del Padre Lira es injusta porque ataca a Maritain por todo aquello por lo cual no cabía atacarle. Lo es también porque silencia o disminuye lo que pudiera haber hablado en su favor. Lo es, finalmente, porque allí donde las razones afectivas empiezan a pesar, el crítico se sume en su propio partidarismo y, sin examen, declara erróneas, en doctrina, las posiciones que no desea aceptar.

Hagamos solamente una breve observación más.

Es indudable que el Padre Lira se equivoca al creer en el mito de un Maritain renovador del tomismo. El papel cultural que hoy juega Maritain no se basa en si sobrepasó a Cayetano o a Suárez en la tarea de precisar las tesis de la Suma Teológica. Se trata, en cambio, de que, en el orden de los problemas culturales y políticos, el pensador francés ha sabido recoger el ansia de entrar otra vez en la Historia que alienta a los cristianos de hoy. Es su actitud hu-

mana, libre y generosa, ante los problemas del tiempo. la que ha traído su «éxito inusitado». Es, en suma, la certeza de que, en Maritain, la inteligencia y el corazón del cristiano están unidos para trabajar, contra todo prejuicio, por un mundo diferente. ¡He ahí un tipo de heroísmo intelectual que sería necesario agradecer, y que no será desvanecido con artículos pretendidamente eruditos!



NOTAS

El Dr. Alceu Amoroso Lima, la más alta personalidad intelectual del Brasil, precursor y tesonero sostenedor y divulgador del social-cristianismo en América Latina, ha recibido de la Secretaría de Estado del Vaticano la carta que reproducimos a continuación y que por los valiosos y significativos términos que contiene, debe ser conocida por los lectores de POLÍTICA Y ESPÍRITU.

Al reproducirla, queremos asociarnos a su satisfacción de ver ratificada por la Santa Sede su dilatada obra de sólida orientación cristiana.

Ilustrísimo señor
Alceu Amoroso Lima:

Tengo el honor de comunicar a V. S. que el Santo Padre ha recibido con gran placer el homenaje de las obras «El problema del trabajo» y «Por la cristianización de la Edad Nueva».

Las cuestiones sociales y políticas adquieren hoy una importancia primordial, desdichadamente con prescindencia de toda preocupación religiosa, la cual, de esta suerte, sigue siendo considerada como un asunto de mero interés privado, carente de toda amplia repercusión social.

El mérito principal de las obras de V. S. por el contrario, consiste en saber dar a los problemas más candentes de la sociedad moderna aquella sólida orientación que es privativa de la enseñanza pontificia. Agradeciendo este filial homenaje, Su Santidad concede de todo corazón a Vuestra Señoría la Bendición Apostólica.

Aprovecho la oportunidad para presentar a V. E. el testimonio de mi distinguida consideración.

J. B. MONTINI, Substituto

1.

LA APLICACION DE LA DOCTRINA DEL CATOLICISMO SOCIAL

Discurso pronunciado por el Excmo. Monseñor Doctor Miguel de Andrea, Obispo de Temnos, el 16 de Noviembre de 1947, en Buenos Aires.

Tócanos celebrar las bodas de plata de la F. A. C. E. en tiempos que se caracterizan por la inquietud, la inestabilidad y la confusión. Esta circunstancia que parecería adversa a tan júbilosa conmemoración, la vuelve singularmente oportuna. Nuestro propósito, en efecto, no es el de servirnos de ella para darnos la vana satisfacción de exhibir los trabajos realizados o los de los éxitos obtenidos por la Institución durante estos cinco lustros, sino el de presentarla como un testimonio de la posibilidad de aplicación de la doctrina del catolicismo social y de la eficiencia de las normas pontificias en la solución pacífica de los grandes y difíciles problemas del orden económico social.

TÁCTICA EQUIVOCADA

Los acontecimientos se precipitan en marcha cada vez más acelerada y parece que otros nuevos volverán a sorprendernos, hallándonos, también esta vez desprevenidos. Hora es de enfocar con acierto la senda que ha de conducirnos a la meta de una solución venturosa.

Creo que estamos equivocando la táctica. Venimos insumiendo casi todas las energías en actividades casi exclusivamente negativas.

Comprendo que debemos preocuparnos por conocer los peligros, denunciarlos y proscribirlos.

La civilización y las instituciones cristianas se hallan amenazados por sistemas extraordinariamente disolventes. Citemos algunos de los que tenemos a la vista. Ahí están: el nacionalismo aislacionista, el nacismo liberticida, el cesarismo absorbente y el comunismo ateo.

Los fracasos espectaculares, conjuntos o sucesivos, de todos ellos han sembrado el mundo de ruinas morales y físicas.

Los desastres producidos por el nacionalismos exclusivista, autor de guerras, comprueban la necesidad ineluctable de tender hacia la solidaridad universal, El exterminio de las razas, de las creencias y de las minorías causadas por el nacismo liberticida reclaman el vigoroso resurgimiento del respeto a la dignidad de toda persona humana sin discriminación alguna. Los avances contra la familia, la propiedad, la religión perpetrados por el Cesarismo absorbente, han

evidenciado lo sagrado de la inviolabilidad de esas instituciones básicas, porque sin ellas termina la civilización y comienza la barbarie. Y el materialismo de la vida y la esclavitud regimentada, consecuencias inmediatas del comunismo ateo, han comprobado el aprecio con que urgen el predominio de los valores espirituales y morales y el reinado de la libertad.

Todo eso, ya lo saben todos los que no tienen interés en ignorarlo. Lo saben porque lo han evidenciado los raciocinios, y más que los raciocinios, los hechos.

APTITUDES POSITIVAS

Ante la irrupción manifiesta o disimulada de tales sistemas, ¿cuál es la actitud que debemos adoptar? ¿La de verlos avanzar y encogernos de hombros? ¿La de entretenernos en lamentos, alarmas o invectivas? *Nunca me han convenido de eficacia las actitudes negativas, y menos aun las agraviantes. Ambas resultan igualmente inocuas.*

Las únicas eficientes son las positivas. No basta tener la persuasión de la malignidad de ciertos sistemas. Es indispensable adquirir la convicción de la superioridad de aquel con el cual se les debe reemplazar. *Si rechazamos los que son malos y no poseemos ninguno positivamente bueno, nos manifestamos habilitados para destruir, pero incapacitados para edificar.*

Nada se hace con sólo repudiar las malas soluciones de los problemas, es necesario poderlas sustituir.

Si pretendemos convencer al pueblo que debe rechazar tales sistemas, porque a corto o largo plazo lo han de perjudicar, ¿cuál es el que le ofrecemos con la seguridad de que lo va a beneficiar? ¿Es que no lo tenemos? ¿Nos presentaremos con nada? ¿Carecemos de un programa? ¿No tenemos una bandera? ¡Sí! ¡Tenemos la mejor del mundo! la de la justicia con el amor, la del amor con la justicia. ¡Virtudes ambas de cuyo divino himeneo procede, indefectiblemente, lo que el pueblo espera para disfrutar de una vida placentera, la paz.

ES HORA DE HACER

Peró ese sistema y ese programa simbolizados en esa bandera de orden social, no se actualiza sólo con palabras. Ya lo dijo el obispo santo y patriota Fr. Mamerto Esquíu en una hora de peligro: «¡Basta de palabras que nunca han salvado a la patria!» Y hace poco más de un mes acaba de decirlo el Papa en una asamblea internacional, dirigiéndose a todos los creyentes del mundo: ya pasó el tiempo de deliberar, esta es hora de hacer!

¿No correspondería en esta hora de crisis de la transición mundial incitar a la conciencia pública a hacer un examen de conciencia? Me dirijo a todos los sectores integrantes de la sociedad: los de arriba y los de abajo, los de la derecha, los de la izquierda y los del centro. ¿Hay entre todos alguno autorizado para afirmar que todos sus componentes se hallan inmunes de toda culpa? ¿No ha habido en el seno de todos ellos, sin exceptuar uno sólo, quienes se han mostrado indiferentes y aún hostiles cuando se ha tratado de actualizar la doctrina salvadora del catolicismo social?

¿Y no sería ésta la hora de un firme propósito de enmienda? ¿Y cómo proceder? Considerémoslo en concreto. Pongamos un ejemplo.

Se nos está denunciando con insistencia el peligro del Comunismo. Pues bien; he aquí el medio de evitarlo. *Si nosotros logramos constituir una sociedad, en la cual los hijos del pueblo obtengan trabajo suficientemente remunerado, con cuyas justas ganancias puedan asegurar el techo, el pan, el vestido, la educación y, como corresponde a la dignidad de toda persona humana, también un poco de seguridad y de alegría de vivir; tengamos la convicción de que no debéramos desperdiciar energías en combatir el comunismo, porque el comunismo no existiría, pues se le habría quitado su razón de ser.*

El pueblo nunca va al comunismo cuando se halla satisfecho, sino cuando se siente envenenado. Ni va por placer, sino por miseria. Y cuando, seducido por el espejismo de un paraíso, se ha dejado instalar en el comunismo, la experiencia no ha tardado en comprobar su amarga decepción. Por eso se le aísla y se lo subyuga. Si se lo aísla, ocultándolo tras un férreo hermetismo, no ha de ser por miedo a que trascienda al exterior su felicidad. Y si se lo subyuga bajo una disciplina dictatorial no ha de ser porque su vida integral se desarrolle de acuerdo con su voluntad. *Toda organización que se mantenga sólo por la fuerza acusa violencia, y la violencia es antinatural. Lo natural es la libertad.*

NUESTRAS EMPLEADAS

Como resultado de estas consideraciones puedo afirmar que la salvación del pueblo consiste en procurar evolutivamente su elevación material y moral; salvando su dignidad y respetando su libertad. Su elevación material, porque es cuerpo, y su elevación moral porque es espíritu.

Esto es lo que hemos intentado realizar durante estos 25 años, actualizando las normas del catolicismo social, librados a nuestras escasas energías y a nuestros pobres medios, pero confiando intensamente en el auxilio de Dios. Lo hemos intentado en uno de los sectores del pueblo, el más indefenso y más necesitado. Y al término de esta laboriosa jornada, me es grato afirmar que el pueblo de la República puede gloriarse de sus empleadas como uno de los sectores que más lo pacifican y lo honran.

¿Qué acontecería si esa elevación material y moral se lograra en todos los demás sectores?

He dicho que es necesario afrontar esa tarea exigida por el pueblo, salvando su dignidad y respetando su libertad.

La F. A. C. E. ha tenido el consuelo de verse honrada con la visita de ilustres personajes extranjeros. Algunos de ellos, espíritus superiores, han destacado dos características sobresalientes: la DIGNIDAD con que las asociadas participan de las ventajas mediante un sistema de colaboración solidaria que, lejos de humillarlas, las eleva, y la LIBERTAD con que mantienen sus convicciones personales.

Es ésta una oportunidad propicia para exaltarlas. Es necesario que se sepa que la dignidad de cada una de las empleadas es para nosotros un culto que mantendremos inviolado contra toda tentativa de profanarlo. Y la libertad

es el sagrado ideal que conservaremos encendido en la lámpara viva de nuestro corazón hasta que termine de latir. La libertad de los hijos de Dios, que nos ha dicho que no quiere esclavos, sino libres.

2

LA FALANGE REAFIRMA SU FE

Discurso pronunciado por Tomás Reyes Vicuña, Presidente de la Falange Nacional, en la Concentración celebrada el 21 de Diciembre de 1947, en el Teatro Miraflores de Santiago.

TRES MESES EXTRAORDINARIOS

Nunca imaginé al asumir la Presidencia de la Falange Nacional, el 27 de Septiembre de este año, que me correspondería afrontar tan graves, sucesivos y numerosos problemas, como los que se han presentado en este breve tiempo.

Ya el 12 de Octubre, cuando celebramos nuestro aniversario en la ciudad de Talca, el Presidente de la República había optado por su nueva política anti-comunista, se ejercitaban las Facultades Extraordinarias, estaba en pleno desarrollo la huelga del carbón y se rompían relaciones con Yugoslavia. Luego se extendieron los conflictos a las principales industrias del país, la ruptura de relaciones alcanzó a Rusia y a Checoslovaquia, se persiguieron dirigentes obreros y destruyeron organizaciones sindicales y se planteó una acusación constitucional contra el Ministro del Interior.

Inmediatamente después de las actuaciones que nos correspondieron ante esos hechos, los doce años de vida política de la Falange y de los falangistas han sido sometidos al más minucioso examen y han cobrado inusitada actualidad sucesos rancios de alguna importancia junto a insignificantes menudencias, algunos ya desfigurados por el olvido, otros con toda la viveza de los acontecimientos que se jura no perdonar.

LA HISTORIA FALANGISTA

La Falange ha estado sometida a público juicio, dándonos oportunidad para que ante nuestras conciencias desfilara airoso todo un proceso en que no teníamos para actuar sino principios filosóficos generales, en los que debíamos inspirarnos para deducir normas de aplicación práctica en la vida chilena, precisamente en uno de los períodos más confusos del mundo y en que más agudas aristas presentaba la política nacional.

Casi éramos descubridores.

Las intermitentes rutas de algunos que nos habían precedido sólo señalaban un destino o la esperanza de un destino muerto sin florecer; los que venían.

39

mos de atrás en el tiempo debimos recomenzar la búsqueda, correr los mismos riesgos, sufrir igual inquietud, y también errar y caer.

Casi éramos descubridores.

Aun en América, los que advertíamos la contradicción entre el mundo circundante y ese otro mundo nuevo y soñado en las profundidades del alma, todavía no encontrábamos la fórmula capaz de convertir nuestro idealismo en pasión realizadora permanente.

Una trayectoria democrática limpia; un régimen de derecho sólido y estable; un amplio uso de la libertad; teniendo como sujeto a un pueblo homogéneo, vigoroso y de relativa cultura, han hecho tradicionalmente de Chile, en el medio americano, un país conductor y maduro en lo tocante a espíritu cívico, a conciencia ciudadana y a organización política y del Estado.

Estas características esenciales de la República también han tenido que influir para que forjáramos la expresión de nuestra inquietud y, en doce años de esfuerzo juvenil y entusiasta, tratáramos de ir dando forma y vida a nuestro Movimiento.

Y fué aquí, en Chile, donde comenzó a gestarse y a prender esta revolución. Nosotros la encarnamos, camaradas falangistas. Esta revolución se llama Falange Nacional.

NUESTRA LUCHA CON EL AMBIENTE

Cada vez más la Falange, en la depuración de sus actuaciones, ha ido encontrando la definición y la consolidación políticas tan difíciles de obtener en un medio hostil, sólo con fuerza de espíritu y pobreza material.

Benditas las horas en que hemos debido recurrir a los principios fundamentales con tan excesiva frecuencia. Ciertamente de ahí deriva la firmeza y la unidad doctrinaria de las huestes falangistas que ahora, más que nunca, se han demostrado capaces de resistir cualquier análisis, de destruir con los hechos las mixtificaciones y de repeler los ataques más imprevistos.

¿Pretenderemos acaso no habernos equivocado? De ninguna manera.

Afortunadamente nuestra relativa juventud, que para la prudencia pudiera ser obstáculo, nos permite decirnos mutuamente con la mayor claridad la opinión que nos merecen nuestros actos. Si se quiere, no tengo el menor inconveniente en declarar que mi presencia al frente de la Falange obedece a la necesidad de cuidar con especial preocupación que algunos contactos con otros partidos políticos, especialmente el comunista, pudieran aparecer desfigurando nuestra posición, sobre todo cuando unos por un motivo y otros por el opuesto tratan en su prensa y en su propaganda de falsear los hechos, por ser así más conveniente a sus intereses políticos, torciendo la recta intención con que se pudiera haber actuado e influyendo el criterio de quienes no tienen otro medio para juzgar nuestras actuaciones. Esa falsa impresión ha hecho daño a la Falange, tanto como para que aún haya quienes han llegando a creer comprometidos los principios fundamentales que inspiran el movimiento.

Por lo menos desde hace tres meses no existía ninguna nueva objeción en este terreno de las coincidencias, pero nuestro juicio sobre la política del Go-

bierno y de los demás partidos o sobre las actitudes de otras entidades y personas ciertamente que no ha podido satisfacer a aquéllos que tienen un concepto egoísta de la vida, ya que jamás la Falange dejará de servir los legítimos intereses de los trabajadores y de todos los oprimidos.

LAS IDEAS FUNDAMENTALES

Tenemos como centro de nuestra concepción política al hombre y señalamos el bien común como objetivo del Estado; a él le corresponde garantizar el pleno y equitativo desarrollo espiritual y material de la persona humana.

Afirmamos nuestra fe en la libertad, en la democracia y en el régimen de derecho.

Creemos que todos los hombres reclaman con justicia el acceso a la propiedad esencial para la vida de familia; que el trabajo y la dignidad de los trabajadores deben reglar fundamentalmente la economía y que en el sindicato reside el más legítimo y eficaz medio para cumplir la redención del proletariado.

Reconocemos, por fin, en la hermandad de los hombres y de los pueblos y en la necesidad de su racional colaboración las bases de la ansiada paz del mundo.

UNIDAD Y REAFIRMACIÓN

Así, pues, camaradas falangistas, en esta mañana, reafirmo la permanente razón de ser de la Falange en la política nacional y la libertad, sin menoscabo, que todos los chilenos que acepten sus principios doctrinarios fundamentales gozan para pertenecer e ingresar a ella.

Compruebo con la más íntima satisfacción y aliento con todas mis fuerzas la extraordinaria unidad y la serena confianza testimoniada por todos los falangistas en esta hora que se quiso de quiebra y de duda para nosotros.

Aseguro que procuraré la más clara distinción de nuestra posición doctrinaria y política cuando la apreciación falangista del bien común pueda coincidir con la de otros partidos.

Exhorto a elaborar desde luego los planteamientos que en nuestro próximo y amplio Congreso puedan hacerse a raíz de la revisión doctrinaria, política, sindical y estructural del Movimiento.

Y más que nada pido el trabajo más entusiasta y disciplinado, capaz de colocar a nuestras fuerzas en ambicioso plan de crecimiento y penetración en los amplios sectores del pueblo no enmohecidos por el dinero ni por el odio.

ANÁLISIS GUBERNATIVO Y PARTIDISTA

Era necesario el enunciado de estas ideas generales. Hoy más que nunca en que por obra y gracia de la gestión del Gobierno, que ha fomentado el ambiente de inestabilidad, los partidos políticos han dado muestras de inquietud y de desorientación.

Debe comenzarse el análisis partidista por el mayor y más responsable de los partidos, el Partido Radical.

El lugar rector que le corresponde hoy en la política chilena, sin duda que no lo ha ocupado eficazmente, teniendo como tiene elementos que están obligados a orientar con ánimo de superación nacional el sentido republicano y democrático y los claros propósitos de progreso social que impulsan esa colectividad. Su oficialismo administrativo hace indecisas sus acciones y, casi podría decirse, lo somete a manifestar una solidaridad de mala gana con el Presidente de la República.

Si el caos gubernativo afecta a alguna organización política, ésta es sin duda el Partido Radical, y es evidente que, si no reacciona y se pone a tono con sus trascendentales objetivos, corre riesgo de lenta pero segura desintegración.

El más viejo de los partidos, el Conservador, recupera y oficializa la posición derechista que sólo quebrara ocasionalmente en la última campaña presidencial. «El peso de la noche», traducido en espíritu reaccionario y propiamente conservador y en apego al liberalismo económico, parece que no podrá extirparlo el empeño de su nueva juventud.

Sin embargo, más sensible es aún comprobar como su tradicional defensa de las libertades públicas se ha vuelto blanda y condescendiente para con los que detengan el poder, mientras se pierde en la bruma y en el tiempo la figura de Walker, el libertario de 1891.

Es el Partido Liberal el que en realidad goza de una situación privilegiada. En el primer Gabinete de Don Gabriel González, sus tres ministros pudieron colaborar con los comunistas sin escándalo, mientras éstos ocupaban estratégicamente la Administración y usaban ampliamente de su influencia.

Hoy, sin representación oficial, es evidente, incontrarrestable y bien gozada la penetración del liberalismo en la Moneda.

En los variados itinerarios comunes, ya es notoria la costumbre que mientras la voz liberal del Presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura clama por la abolición de los controles del Estado y, al mismo tiempo, clama por la fijación por el Estado de precios remuneradores, S. E. el Presidente de la República accede a su petitorio y, para dar la nota progresista, no deja de enunciar sus propósitos de mejoramiento obrero.

Estas son consecuencias, más que de posiciones políticas, de que en las filas liberales se encuentran los más indicados amigos personales para un Presidente Radical.

Si al rodear al Presidente hubo el propósito a desplazar al comunismo de su lado, estoy seguro que los liberales han superado sus más lisonjeras expectativas.

El Partido Comunista ha lanzado en Chile y en el mundo una simultánea ofensiva, aprovechando el caos económico. Quizá si creyó llegado el momento de dar el golpe de gracia a la economía capitalista. Pero al mismo tiempo, la negación de toda libertad en los países subyugados por Rusia, comprobatoria de su negri-roja tendencia totalitaria, sumada a una más evidente dependencia internacional, ha provocado con rara uniformidad dos frentes anti-comunistas en el mundo: uno de respetable tendencia democrática y de avanzada social; otro que, camuflándose con parecidos fines, no desperdicia oportunidad para barrenar el movimiento obrero, quebrantar su unidad y afianzar los más

47

turbios intereses, amén de alentar la violencia persecutoria y su estabilización en un régimen de dictadura.

Con todo, el hecho notable en el repliegue actual del Partido Comunista ha sido el cuadro desnudo de su fuerza, grande, sin duda, pero más débil de lo que muchos imaginaban.

Los partidos Socialista, Radical-Democrático, Democrático, Agrario Laborista y Falange Nacional, hemos hecho un esfuerzo de coordinación que no se ha roto, pero sí debilitado.

Ante el Secretario General del Partido Socialista, aquí presente y que tomó la iniciativa, digo que la Falange ha sido y seguirá siendo especialmente celosa de su independencia política, pero cree de su deber, a pesar de las seguras discrepancias y factores negativos, hacer un llamado para reanudar estas conversaciones, pues, con su feliz éxito talvez, se afianzaría la democracia y podría darse impulso a los urgentes y detenidos procesos de mejoramiento social.

Cierro aquí el vistazo a las posiciones partidistas no sin antes recordar cómo es compleja la conformación de las circunstancias que en un momento dado determinan los acontecimientos políticos.

FACULTADES EXTRAORDINARIAS Y TRATADO CON ARGENTINA

Dos importantes materias no puedo dejar de mencionar.

En los próximos días es probable que el Ejecutivo intente la prórroga de las Facultades Extraordinarias. Casi está de más que lo diga, pues si en la anterior oportunidad las votamos en contra, ahora, después del mal uso que el Gobierno ha hecho de ellas, en la Cámara de Diputados resonarán cuatro, pero rotundos no.

También está ya presentada a la consideración del Congreso el Tratado con Argentina. Siempre hemos afirmado la necesidad de la completación de nuestras economías y aún auspiciado la Confederación Latino Americana. Es por ello que, a pesar de pequeños reparos, el sentido general del tratado lo compartimos plenamente.

Sin embargo, para contribuir con nuestros votos a su aprobación, creemos que debe esclarecerse meridianamente el propósito armamentista argentino y el sentido de su política internacional; y, en el orden interno, haremos cuestión irrevocable de que se dicte simultáneamente una ley que impida que los 300 millones de nacionales destinados a la industrialización puedan tener otro uso que la importación de maquinarias para industrias esenciales y que los 300 millones para obras públicas no vengán a llenar el vacío que el Presupuesto de la Nación cada año va haciendo más evidente y menos eludible.

SALUDO FRATERNAL

Hombres de todas las razas, condiciones y latitudes ya sienten la emoción de la víspera.

Parece que jamás el eco lejano del «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» debiera tener más vigorosa y amplia resonancia.

Siquiera por una vez que la arrogante humanidad se arrodille ante la Pobreza y la Humildad del pesebre.

Nunca como ahora queremos hacer llegar hasta vosotros, camaradas falangistas, chilenos todos, nuestro saludo fraternal. Que en vuestros hogares haya paz y felicidad.

Más que en vuestros hogares, que en el mundo haya paz, que América esté unida, que la Patria sea libre, próspera y feliz. Por todo ello, camaradas, sigamos adelante, sigamos adelante.



COMENTARIOS

En el número correspondiente al mes de septiembre-octubre del año recién pasado, el prestigioso y conocido SEMANARIO CATOLICO «SAN ANTONIO», que editan en La Habana, Cuba, los padres franciscanos, bajo la dirección del R. P. Luis de Zabala, se publicó el artículo que reproducimos a continuación.

Además de mostrarnos cómo se aprecia y considera la labor que desarrollamos en estos cuadernos, nos confirma cómo son de similares los problemas en toda América.

URGE UNA REVOLUCION

Hacía tiempo que buscaba, entre las publicaciones católicas de América, alguna cuyas ideas sociales contemporáneas coincidiese con los criterios que siempre me han parecido los únicos ciertos desde el punto de vista cristiano. Sentía bullir a mi alrededor una multitud de jóvenes católicos, ardorosos e idealistas, que recorrían a Cuba de un lado a otro con la mirada, buscando esa orientación precisa, ese órgano de opinión indispensable y que, sin embargo, no ha nacido aún del todo en nuestra Patria. Ha caído en mis manos *Política y Espíritu*, una revista escrita por católicos chilenos, y creo que ese es el guía que las juventudes católicas de América necesitaban. El juicio es quizás un poco apresurado pero, por lo pronto, en los cuatro números que he leído de ella he visto tantas verdades, expresadas de manera tan clara y valiente, que he adquirido la convicción de que esa es la revista que ha encontrado la senda.

Según veo, en Chile pasa lo que pasa en Cuba y lo que, probablemente está pasando en el mundo entero. Hay un bando de católicos integrales,

que saben dónde hay que estar colocados en nuestra época. Y hay otro bando de pseudo-católicos, o de católicos a medias, cuya religiosidad se detiene justamente ante las reformas sociales que determinan las Encíclicas Papales y las Cartas Pastorales de la Jerarquía, y que ellos combaten o ignoran. Estos son, en términos generales, los que tienen la voz pública, el dinero y la fuerza política; aquéllos, los que tienen tan sólo la fuerza del ideal y de la verdad.

¿Qué de extraño tiene, pues, que ante el pueblo luzcan como los genuinos representantes del catolicismo aquellos que son, precisamente, los sepulcros blanqueados de nuestro credo? Ellos aparecen en la prensa, se retratan, dan su nombre para las listas de donativos, tienen siempre en la boca la «moral cristiana» desde el radio, la conferencia y la tribuna política. En Chile han llegado hasta a formar un partido político que dice defender los ideales cristianos. Mas, en un momento decisivo, al discutirse un magnífico proyecto de sindicalización campesina y reforma agraria, estos líderes «católicos» no lo apoyaron. Ni apoyaron tampoco otras justas demandas, y aspiraciones obreras ni, a fin de cuentas, las apoyarán

nunca. En Cuba ya conocemos el caso: cuando alguno de los nuestros ha resuelto cristianamente, desde posición responsable, un problema social, los tiros más gruesos han salido de trincheras autotituladas tradicionalmente católicas.

Contra todo esto urge una revolución, incruenta pero incansable, que barra a los fariseos para dar paso a los cristianos verdaderos. Es preciso reeditar el movimiento arrollador del cristianismo primitivo, que fué arrollador, entre otras cosas que aparte de la gracia divina, porque fué impulsado por los que tenían hambre y sed de justicia. Y esto no se logrará sino dando plenamente la razón a los que la tienen, olvidando la prudencia humana, diciendo siempre la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad en público, aunque para ello haya que desenmascarar a los hipócritas con la misma energía con que los desenmascaró en su tiempo, terriblemente indignado frente a su falsía, Jesucristo Nuestro Señor.

No soy yo quien lo dice. He aquí tres fragmentos de uno de los últimos discursos de Su Santidad Pío XII (discurso silenciado significativamente por muchos que debían haber hecho hincapie en él):

«Si hay algo que cause temor hoy en día, es el temor mismo. No existe peor consejero, especialmente en las actuales condiciones. Sólo produce mareos y ceguera y lleva lejos del camino recto y seguro de la confianza y la justicia...». «Ni las dificultades del presente ni el fuego cruzado de la propaganda deben amedrentaros o engañaros. El temor, que en sí mismo el vergonzoso, es excelso en sus muchos disfraces. A veces se pone el engañoso ropaje del amor cristiano ha-

cia los oprimidos, como si la gente que sufre pudiera sacar ventajas de la falsedad y la injusticia de tácticas y promesas que jamás pueden ser cumplidas...» «En otras ocasiones se oculta bajo la apariencia de la prudencia cristiana y bajo ese pretexto permanece en silencio, siendo que por deber debiera estallar audazmente. ¡Eso no es lícito! hacia los ricos y los poderosos, y advertirles así: No es lícito para vosotros seguir tras la codicia por el lucro y la dominación, apartándoos de las líneas inflexibles de los principios cristianos, que son las bases de la vida política y social...».

El «prudente silencio», como comenta *Política y Espíritu*, no llevará más que a frustrar casi por completo el apostolado en el pueblo. Este ve, de una parte, una prensa y una radio comunistas que lleva años tratando de identificar a «los explotadores, los nazi-fascistas y los ultrarreaccionarios» con los católicos. Y de otra parte ve a explotadores, y a gente que realmente tiene un ideario totalitarista y ultrarreaccionario, tratando de cubrirse con el manto del catolicismo.

Si nosotros, los verdaderos católicos, llamamos por «prudencia» (léase miedo o abulia) ante todo esto seremos los principales responsables del trágico mantenimiento de esos errores.

Hay que llamar a las cosas por su nombre y en voz bien alta. Hay que demostrar a los que tienen dudas que en nuestro seno no caben quienes no están con la verdad, la justicia y la caridad. Hay que arrojar una vez más, en fin, a los mercaderes del templo.

Rubén de RUMBAUT.

TEXTOS PONTIFICIOS

CARTA DEL CARDENAL PACHELLI (1)

LA ACCIÓN CATÓLICA Y LA POLÍTICA
DOCUMENTO PONTIFICIO

Carta del Excmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad al Excmo. Sr. Nuncio Apostólico en Chile.

«Nunciatura Apostólica.—Santiago de Chile.—Vaticano, 1.º de Junio de 1934. — N.º 171834. — Excmo. y Rvdmo. Señor Monseñor Héctor Felici, Nuncio Apostólico.—Santiago de Chile.—Excmo. y Rvdmo. Señor:

Con carta de fecha 30 de Noviembre ppdo., el Excmo. y Rvdmo. Monseñor Horacio Campillo, Arzobispo de Santiago de Chile, sometió al Santo Padre las decisiones de carácter político-religioso tomadas por el Episcopado chileno en la última Conferencia anual.

Por venerado encargo del Augusto Pontífice, ruego a Vuestra Excelencia Rvdma. se sirva comunicar a Mons. Arzobispo y a los demás Prelados Chilenos, la siguiente respuesta.

Como es sabido, el Santo Padre ha tenido repetidas ocasiones (y aun recientemente en la audiencia concedida a la Unión Internacional de las Ligas Femeninas Católicas), de manifestar su augusto pensamiento acerca de la relaciones entre la Iglesia Católica y la Política.

Sin duda, la Iglesia no puede desinteresarse de la verdadera «grande

política», que mira al bien común y forma parte de la Etica General, es decir, promueve y defiende la santidad de la familia y de la educación, los derechos de Dios y de las conciencias. La Iglesia ha de procurar que sus hijos sean al mismo tiempo los mejores ciudadanos y cooperen al bien público, ya en la administración, ya en el Gobierno del Estado. En este sentido la participación en la política es un deber de justicia y de caridad cristiana.

Otra cosa es si se trata de «política de partido», es decir, de la actividad de agrupaciones de ciudadanos que se proponen resolver las cuestiones económicas, políticas y sociales, según sus propias escuelas e ideologías, las cuales, aunque no se aparten de la doctrina católica, pueden llegar a diferentes conclusiones.

En otras palabras, un partido político, aunque se proponga inspirarse en la doctrina de la Iglesia y defender sus derechos, no puede arrogarse la representación de todos los fieles, ya que su programa concreto no podrá tener nunca un valor absoluto para todos, y sus actuaciones prácticas están sujetas a error.

Es evidente que la Iglesia no podría vincularse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión. Y puesto que la actitud de la Jerarquía y del Clero en general no puede ser distinta de la actitud de la Iglesia, se deduce, en armonía con los principios recordados, que la acción de los Pastores Sagrados tendrá que inspirarse en las normas siguientes:

(1) Cediendo a numerosos pedidos que se nos hicieron, publicamos íntegro este valioso y a veces olvidado documento.

1.º) Heraldos de la paz de Cristo y de la Caridad que une y hermana, deben los Obispos mantenerse ajenos a las vicisitudes de la política militante y a las luchas de divisiones que de ellas se siguen, y abstenerse, por lo tanto, de hacer propaganda en favor de un determinado partido político.

Sólo en momentos de grave peligro tienen el derecho y el deber de intervenir, es decir, cuando sea necesario hacer un llamado a la «unión» de todos los católicos, para que, puesta a un lado toda divergencia política, se levanten en defensa de los derechos amenazados de la Iglesia.

Pero es evidente que en tal hipótesis no harían ellos política de partido; y, a este caso se referían expresamente las instrucciones dadas por mi ilustre predecesor al Excmo. y Rvdmo. Ordinario de Concepción, con carta de fecha 7 de Junio de 1922.

Esto no impide, sin embargo, que los Sagrados Pastores puedan y aun deban formar la conciencia de los fieles, educándolos en los principios en que tendrán que inspirarse en el ejercicio de sus derechos civiles, y procurando que sean oportunamente instruídos, por ejemplo, acerca de la naturaleza del voto, de la responsabilidad que importa, de la obligación de valerse de esta arma en defensa del orden social y de la Religión, de la culpabilidad del abstencionismo político en momentos de peligro para la Patria y la Iglesia y de otros semejantes argumentos.

A este respecto será útil recordar las normas dadas por el Concilio Plenario de la América Latina, tantas veces inculcadas, y que, por su importancia, se reproducen a continuación:

«Absténgase prudentemente el Clero de las cuestiones que se refieren a cosas meramente políticas o civiles, y sobre las cuales, dentro de los límites de la doctrina y de la ley cristiana, caben distintas opiniones, y no se mezcle en las facciones políticas, a fin de que la Religión Santa, que debe estar por encima de todas las cosas humanas y unir los ánimos de todos los ciudadanos con el vínculo de la mutua caridad y benevolencia, no aparezca faltando a su oficio y no se haga sospechoso su saludable ministerio.

«Por lo tanto, eviten cuidadosamente los sacerdotes el tratar o discutir estas cosas públicamente, ya fuera, ya con mayor razón dentro de la misma Iglesia. Esto, sin embargo, no ha de entenderse en el sentido de que sea necesario callar del todo sobre la gravísima obligación que incumbe a los ciudadanos de trabajar siempre y en todas partes también en la cosa pública, según el dictado de la conciencia, ante Dios, por el mayor bien de la Religión y de la Patria; pero de tal manera que, declarada la obligación general, el sacerdote no aparezca favoreciendo a un partido más que a otro, a menos que algunos de ellos sean abiertamente contrarios a la Religión».

2.º) Debe dejarse a los fieles la libertad, que les compete como ciudadanos, de constituir particulares agrupaciones políticas, y militar en ellas, siempre que éstas den suficientes garantías de respeto a los derechos de la Iglesia y de las almas.

Es, sin embargo, obligación de todos los fieles, aunque militen en distintos partidos, no sólo observar siempre, hacia sus hermanos en la fe, aquella caridad, que es como el dis-

tintivo de los cristianos, sino también anteponer siempre los supremos intereses de la Religión a los del propio partido, y estar siempre prontos a obedecer a sus Pastores, cuando en circunstancias especiales, los llamen a unirse para la defensa de los principios superiores.

3.º) Para que los fieles puedan contribuir, como es necesario, de una manera más eficaz al bien de la Iglesia y de la Patria, nada será más útil que la constitución y el desarrollo de la Acción Católica, según las normas dadas repetidamente por el Santo Padre.

Como es sabido, ella se propone ante todo la formación exquisitamente cristiana de las conciencias, mediante una sólida piedad, un adecuado conocimiento de las cosas divinas, integridad de costumbres y sincera devoción a los Obispos y al Papa.

Además, con oportunas organizaciones, adecuadas a la edad y a la condición social de sus miembros, procura estrechar alrededor de los Párrocos y de los Obispos, a numerosos fieles, bien preparados para defender los principios católicos en la vida individual, familiar y social, y aptos para ejercitar una influencia benéfica sobre todo el pueblo, ya sea oponiendo una barrera a la indiferencia religiosa, ya haciendo más fuerte y consciente la devoción a la Iglesia.

Este carácter de estricta dependencia de la Jerarquía, propio de la Acción Católica (la cual, según la conocida definición dada por el Santo Padre, es la participación de los laicos en el Apostolado Jerárquico), mientras garantiza su plena docilidad a las Autoridades Religiosas, constituye a la vez la más fuerte

razón de su benéfica eficacia, que deberá exteriorizarse no sólo en la mejor formación espiritual y apostólica de los socios, sino también en la acción desarrollada por éstos en la defensa de la Religión en medio del pueblo.

Grandes, sin duda, serán las ventajas que la Acción Católica bien organizada traerá a esa noble Nación. Pero es necesario que el Clero emprenda esta misión no solamente con gran celo y espíritu de sacrificio, sino también con método y fundándose en las oportunas instrucciones y directivas del Episcopado.

Y, para que ella se inicie sobre sólidas bases, convendrá en el comienzo atender, más que al número de los socios, a su calidad y su fervor, y bastará que en las Parroquias surjan centros de apostolado, aunque sea con limitado número de adherentes, dedicando, por otro lado, el mayor cuidado a la formación espiritual de los inscritos, lo que es fundamento necesario de todo verdadero y eficaz apostolado exterior.

Es, por otra parte, evidente que el elemento más accesible y de mayores esperanzas es la juventud, y, por lo tanto, particular cuidado merecerá de parte de los Obispos y del Clero, el desarrollo de la Acción Católica entre los jóvenes, para instruirlos convenientemente en la Religión, adiestrándolos en la práctica de la virtud, educarlos en la pureza, y en la frecuencia de la Mesa Eucarística, formarlos para el sacrificio y el apostolado. Al mismo tiempo, deberá desarrollarse una obra asidua y diligente para defender a los jóvenes en el campo intelectual y moral, deteniendo con urgencia los gravísimos daños que causan a la juventud la prensa, los teatros, etc.

4.º) No menos necesaria para Chile es, como V. E. bien conoce, una actividad dirigida a mejorar la situación económica de las clases obreras e inspirada en los principios de la doctrina social-católica. Bien ve, V. E., cómo se va acrecentando cada día la necesidad de que sea intensificada, por parte de los católicos, la conveniente asistencia a las varias categorías de trabajadores los cuales, desgraciadamente, son hoy día fácil presa de los que los seducen con falsos espejismos y corrompen su espíritu con máximas perversas.

Es verdad que la actividad económico-social, en cuanto tal, no debe confundirse con la Acción Católica estrictamente considerada; pero es también verdad que los fieles bien formados en las filas de la Acción Católica sabrán a la vez dar vida a oportunas obras de asistencia a la clase obrera, las cuales, aun teniendo fisonomía y responsabilidad propia, en lo que se refiere a la parte puramente económica y social, se inspirarán en el orden moral y religioso en las directivas superiores, inculcadas por la Acción Católica, con la que deberán mantener una oportuna coordinación.

Es, además, superfluo observar que las normas concretas para desarrollar esta Acción Económico-Social, deberán establecerse en armonía con las leyes vigentes: será muy útil, sin embargo, tener presente también los ejemplos y las experiencias de los países en que la Acción Católico-Social está más desarrollada, como Bélgica y Holanda.

5.º) Por lo que se refiere a la llamada «Escuela Apolítica», no cabe duda que debe ser reprobado el abstencionismo absoluto, en cuanto que —como ya se ha observado— la par-

ticipación en la política constituye para los fieles, en el sentido ya expuesto, un deber verdadero y propio, fundado en la justicia legal y en la caridad. Pero, al mismo tiempo, es necesario que a la participación activa en la vida política, preceda una concienzuda preparación en el estudio de la doctrina social-católica, y en la práctica de la virtud, de manera que, aun entre las dificultades y peligros que la actividad política trae siempre consigo, puedan los buenos católicos dar ejemplo de honestidad y de rectitud y desarrollar una obra eficaz de apostolado.

Acerca de este punto, tuve ocasión de dirigir a Su Excelencia el señor Arzobispo de Praga, una carta de fecha 30 de Noviembre de 1930, que estimo oportuno transcribirle:

«El Santo Padre estima digno de toda alabanza el propósito manifestado por el episcopado Checoslovaco, promover con el mayor empeño la educación cristiana de la juventud, en el sentido de que la profesión práctica de la Religión Católica sea la fuerza íntima y, por decirlo así, el fundamento de la misma.

«En cuanto a lo que escribe V. E. sobre la necesidad de que la juventud sea también instruída y dirigida para la Acción Política, es oportuno, ante todo, tener presente que la Acción Católica, por su naturaleza misma, prepara a los jóvenes asociados para manejar con rectitud las cosas y los asuntos políticos, educando y formando su espíritu en los principios de la Religión Católica, de tal modo que resultan aptos y preparados para resolver, guardando el orden debido, aun las cuestiones que se agitan en el campo político. *Y si pareciere oportuno proporcionar a la juventud una especial y más alta*

instrucción en esta misma materia, ella deberá ser dada no en las sedes o reuniones de los socios de la Acción Católica, sino en otro lugar, y por hombres que se distinguan por la probidad de sus costumbres y por la integral y firme profesión de la doctrina católica; quedando, además, a salvo y claramente establecido el principio de que en ningún modo es oportuno que la misma Jerarquía de la Iglesia forme e instruya asociaciones políticas de jóvenes, y sobre todo que ella dirija a los jóvenes católicos de tal suerte, que éstos se inclinen a uno más que a otro de los partidos políticos que den suficientes garantías para la conveniente defensa de la causa y de los derechos de la Iglesia; pues es pernicioso que la Acción Católica se mezcle con los partidos políticos y sea arrastrada a compartir sus vicisitudes, generalmente inciertas y mutables.

«A fin de que los propósitos y el pensamiento de Su Santidad en esta gravísima materia aparezcan todavía más claros, estimamos conveniente explicar algo más difusamente lo que hemos hasta aquí tocado sobre la Acción Católica.

1.º La Acción Católica mira principalmente a formar a los jóvenes según los preceptos de la Religión Cristiana, en lo que se refiere a la fe, las costumbres y los principios sociales, encauzando y controlando oportunamente sus trabajos y estudios en todas estas materias, de tal forma que puedan un día contribuir dignamente al incremento del apostolado jerárquico.

2.º Siendo participación del apostolado de la Iglesia y dependiendo directamente de la Jerarquía Eclesiástica, la Acción Católica debe man-

tenerse absolutamente ajena a las luchas de los partidos políticos, aun de aquellos que estén formados por católicos.

Por consiguiente, las asociaciones de jóvenes católicos ni deben ser partidos políticos, ni deben afiliarse a partidos políticos, y convendrá, además, que los dirigentes de dichas asociaciones no sean, al mismo tiempo, dirigentes de partidos o de asambleas políticas, para que no se mezclen, faltando al orden debido, cosas muy diferentes las unas de las otras.

3.º Los jóvenes inscritos en las asociaciones de la Acción Católica, pueden, como privados ciudadanos, adherirse a los partidos políticos, que den garantías suficientes para la salvaguarda de los intereses religiosos. Traten, sin embargo, de cumplir siempre con sus deberes de católicos y no antepongan las conveniencias del partido a los superiores intereses y santos mandamientos de Dios y de la Iglesia; de otra manera no contribuirían al verdadero bien de la Nación».

El Santo Padre, que bien conoce el celo pastoral de esos Excmos. Obispos y su tan filial adhesión a la Sede Apostólica, está seguro de que ellos verán en las presentes instrucciones un nuevo testimonio de su paternal solicitud por el bien de esa escogida porción de la Iglesia, y querrán amoldar constantemente a las mismas sus actividades pastorales.

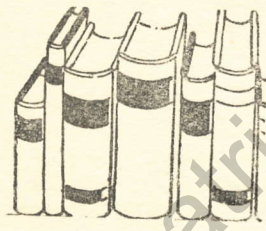
Pero, como para tener éxito en cosas de tanta importancia, es necesario que los humanos propósitos sean sostenidos y fecundados por abundantes auxilios divinos, Su Santidad, mientras invita a esos Excmos. Prelados a rogar y hacer rogar por tan nobles intenciones, imparte de

corazón, como prenda de su benevolencia y auspicio de los factores celestiales, la Apostólica Bendición.

Aprovecho gustoso la oportunidad

para profesarme con sentimientos de distinguida y sincera estimación, de Vuestra Excelencia Rvdma. affmo.—

E. Car. FACELLI.



www.archivopatricioaylwin.cl

INDICE

	Págs.
MEXICO Y ESTADOS UNIDOS, por <i>Daniel Cosío</i>	
<i>Villegas</i>	175
UNA PAGINA DE BERNANOS.....	188
MARITAIN Y LA RENOVACION DEL TOMISMO, por <i>Jaime Castillo Velasco</i>	191
NOTAS: Carta de la Secretaría de Estado del Vaticano a Tristán de Athayde	202
DOCUMENTOS:	
1.—La aplicación de la doctrina del catolicismo social, <i>discurso del Excmo. Mons. Miguel de Andrea</i>	203
2.—La Falange reafirma su fe, <i>discurso de Tomás Reyes Vicuña</i>	206
COMENTARIOS.—Urge una revolución, por <i>Rubén de Rumbaut</i>	212
TEXTOS PONTIFICIOS: La Acción Católica y la política, carta del Cardenal Pacelli.....	214



Este vigésimo Octavo número de POLITICA Y ESPIRITU, Cuadernos mensuales de Cultura, Política y Economía Social, se terminó de imprimir, bajo el sello de la Editorial DEL PACIFICO S. A., el día 2 de Febrero de 1948, en las prensas de Imprenta Universitaria (Estado 63, Santiago de Chile).



EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

EJEMPLAR \$ 10.00

ENERO DE 1948

PRINTED IN CHILE

IMPRESA UNIVERSITARIA